

BÉLGICA CORTÉS

*Campanita,  
la decisión de  
Samuel*

# Tabla de Contenido

Tabla de Contenido

Prólogo

1.Ginevra

2.Samuel

3.Ginevra

4.Samuel

5.Ginevra

6.Samuel

7.Ginevra

8.Samuel

9.Ginevra

10.Samuel

11.Ginevra

Agradecimientos

Otros títulos de la Autora y Redes Sociales

Bélgica Cortés

*Campanita,*  
*la decisión de*  
*Samuel*

**Campanita, la decisión de Samuel**

**Autor Bélgica Cortés Jiménez**

©Todos los derechos reservados.

Primera Edición, Agosto 2018.

Diseño de Portada: Bélgica Cortés Jiménez – Yunnuen González.

Imagen extraída de Pixabay.com

Corregido por Nora Valenzuela Ortega.

Esto es una obra de ficción, cualquier alcance de nombre es meramente casualidad por parte del autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de la historia.

**ISBN:** 9781980978800

**Sello:** Independently published

“Cuando él me mira, no sabe que estoy incompleta, me mira tal cual soy...”

Guillermo del Toro – Daniel Kraus

A las campanitas en el mundo...

# Prólogo

Diez años atrás

Luego de semanas que me dieron el alta en el hospital, otra vez estamos aquí, adentro después de que llamaran a mis papás por teléfono, para que vinieran a conversar con los médicos de algo muy importante.

Así que llevamos casi media hora, esperando afuera de las oficinas del director del hospital para que el médico, pueda hablar con mis *papis* y nos diga que pasa realmente. *Mami* y *papi*, tienen las manos entrelazadas, pero ninguno de los dos ha dicho ninguna palabra, quizá tienen miedo que los cheques, que dejaron hace un mes atrás, hayan sido rebotados y que tal vez tengan que dejar la casa como forma de pago para cancelar todo lo que gastaron en mí.

La secretaria, nos hace pasar a la oficina y lo primero que noto que el médico que me trató todas las semanas, que estuve internada no se encuentra, y solamente, se haya un hombre mayor con una bata blanca, sentado al otro lado de un gran escritorio.

—Buenas tardes —saluda el hombre.

—Buenas tardes —responden mis *papis* al mismo tiempo, mientras siento que el ambiente se ha tornado raro.

—Primero que todo, me gustaría presentarme, ante ustedes, soy el médico Javier Castro, director del hospital —entrelaza sus manos para dejarlas quieta sobre unos papeles escritos, que están en el gran escritorio. — Tenemos, más bien tengo que hablar con ustedes de algo importante —dice el doctor, mirando a mis padres con tal solemnidad que siento como que estuviéramos al frente del Rey de España, por el extraño ambiente que se ha generado a nuestro alrededor.

—¿Qué ocurre? —consulta *papi* confundido.

—Señor y señora Jones. Ocurrió algo —se aclara la garganta y sus ojos oscuros y cansados se posan en mí por un segundo— lo que les voy a

decir tiene directa relación con su hija.

—¿Mi hija? —pregunta *mami*, aferrando mi mano fuertemente. —¿Qué pasa con ella?

—Pues verá —se quita sus gafas de marco grueso, dejándolas encima de la pila de papeles—, las transfusiones de sangre que realizaron a su hija, estaban contaminadas.

—¿Contaminadas? —murmuro mientras el doctor, se fija en mí por un segundo y mi estómago se aprieta por un instante, porque estoy segura que de aquí en adelante mi vida cambiará para siempre.

—Por un error, un gravísimo error, a su hija, le trasmitimos, el virus de la Inmunodeficiencia humana en algunas de las transfusiones de sangre que tuvimos que aplicar.

Nos quedamos en silencio, mientras siento que un gran edificio, cae lentamente sobre nosotros.

# 1. Ginevra

Presente

—¿Cómo te fue en la prueba del profe Villanueva? —pregunta Miranda, sentándose a mi lado.

—Pues... —suspiro derrotada, mirando mis zapatos oxfords rosados—, no quiero hablar de eso —niego rápidamente, al recordar que aquella prueba parecía más el examen final de toda la carrera junta, que una solemne que correspondía a un 30 por ciento de la nota final. —Por favor.

—Sí, supongo que tienes razón —responde abatida—, pero parecía examen final —¡Ja! lo mismo que pensaba yo—, ¿por qué el profe Andrés, se habrá ensañado con nosotros de esa manera?, —analizando a las personas que caminan frente a nosotros.

—Yo creo, que no se ensañó con nosotros como dices tú —comento, tratando de hacerme una cola alta, pero con la melena que poseo, apenas y queda solo en un vano intento de tomar un poco de cabello hacia arriba—, al contrario, supongo que quiere que seamos buenos en esto. Es decir, estamos pagando sus buenas *lucas* como para desperdiciarlas, en conocimientos superfluos —o sea, los que no tuvieron la suerte de ser beneficiados con la carrera gratuita, para ser profesor.

—Sí, creo que tienes razón —admite, mirando el celular por un instante. Rápidamente siento la mirada de alguien en mi espalda, me muevo un poco para ver si son solo ideas mías y veo a Samuel Hardy, que me observa mientras se encuentra conversando con Sofía Ritter Larraín, la chica más matea de la carrera y como si Dios no existiera, la hizo simplemente perfecta con ese cabello largo ensortijado rojo, ojos verdes y piel perfecta, creo que la perra que llevo por dentro la odia. —Había pensado en hacer un carrete<sup>[1]</sup> en mi casa este sábado —comenta.

—¡Ah!... —murmuro mientras mis ojos, se conectan por un instante con Samuel. Aparto la mirada rápidamente para observar a Miranda que escribe algo en su móvil.

—¿Supongo que esta vez vendrás a mi casa? —deja de lado el celular por un instante para encontrarme con sus grandes ojos cafés que me examinan a la espera que le dé una respuesta afirmativa.

—Este fin de semana lo tengo ocupado —respondo en un susurro. Desviando la vista hacia mi gran anillo de plata que adorna mi índice— además, sabes que lo mío no es de carretear tanto —o sea prefiero quedarme el día sábado, viendo series en Netflix o leyendo alguna novela de suspenso, antes de ir a carretear con los amigos.

—Lo sé, pero estamos en cuarto año de la carrera y no has cruzado palabra con ninguno de los compañeros, sino es por algo puntual que tenga que ver con los ramos.

—Sí, tienes razón —acepto la verdad absoluta—, pero es que ellos son tan...

—Somos todos esnobs<sup>[2]</sup> —responde con tanta elocuencia y exageración que ruego los ojos por su teatralidad. Miranda, debería estar estudiando actuación y no historia como lo estamos haciendo.

—No quise decir eso —entrelazo mis manos—, tan solo que...

—Tonterías, estás en la flor de la juventud. Tienes 21 años de edad, eres inteligente —no tanto como quisiera realmente—, eres amable y por si fuera poco, eres una chica linda, y yo me he fijado como los jotes<sup>[3]</sup>, andan revoloteando alrededor tuyo.

Frunzo el ceño rápidamente, porque no tengo idea que cosa me está hablando en este momento.

—Y hablando de uno —murmura mirando a Samuel Hardy que viene, acercándose a nosotras. —Hola Sam —saluda de lo más coqueta, jugando con su largo cabello negro.

—Miranda —asiente—. Ginevra —se sienta tan cerca de mí, que percibo la calidez de su pierna junto a la mía.

—¿Cómo te fue en la prueba? —inquire Miranda, moviéndose un poco hacia adelante para verlo mejor, ya que me encuentro justo en el medio en este momento. —¿Qué a mí...?

—No sé —responde encogiéndose de hombros—, bueno, si me va mal, puedo dar la prueba recuperativa a final del semestre.

—Sabes que las pruebas recuperativas del profe Andrés, son como el examen final, acuérdate lo que nos dijeron los compañeros que estaban en los cursos superiores, que prácticamente era la Masacre en Texas en que la sangre o más bien el lápiz tinta roja, corría por el acta de aplicación de las pruebas.

—Lo recuerdo —murmura.

—Samuel —aparece Sofía, y le da un beso en la mejilla—, se supone que nos...

—No lo creo —la interrumpe—, quedé en salir con Ginevra —pasa un brazo alrededor, de mi cuello para atraerme a su cuerpo—. Y...

—Oh —su cara es de un desconcierto total al asumir que Samuel y yo estamos juntos. Lo que sin duda es una jodida broma si es que ella lo cree realmente, cuando apenas y hemos hablado un par de minutos con Hardy, durante todos estos años. —Perdón —murmura, yéndose como alma que se la lleva el diablo.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunto molesta, quitando su mano o más bien su brazo de mis hombros.

—Lo hice porque estaba al lado tuyo —responde como si nada y siento como si hubiese, recibido un fuerte golpe en el estómago—, si estaba al lado de Miranda, la hubiera ocupado a ella para quitarme de encima a la pesada de la Sofía.

—¡Qué honor! —responde sarcástica mi amiga y me muerdo la mejilla interna para no hacer un comentario mordaz a Hardy, respecto a lo que nos acaba de decir y como nos usaría de cualquier forma para quitarse de encima a la pelirroja esa—, no somos el plato de segunda mesa de nadie. Menos de ti Samuel —espeto molesta.

—Pues... —nos mira de reajo, como si quisiera replicar, pero rápidamente, se queda en silencio—. Pero es que ustedes no saben lo pegote que es Sofía.

—No somos sus amigas —responde Miranda por mí—, además es una maldita esnob —la quedo mirado de reajo y me saca la lengua por aquel comentario. ¡Ja! lo mismo que estaba pensando de todo el curso hace rato.

—Lo somos —responde Samuel entre risas—, pero en realidad se cree de la realeza, solo porque su maldito apellido es Larraín —blanquea los

ojos y niego con la cabeza por aquel comentario—, ni que fuera la prima de la Kenita Larraín para creerse tanto.

—¡Ay! Qué eres malo —niego con la cabeza—, tal vez son primos. No lo sabemos en realidad. Además...

—No me digas que te cae bien, pequeña Gin —golpea mi nariz con su índice, pero no pasa desapercibido que me nombró como Gin, solo mis padres y mi hermano mayor me dicen de esa forma—, que he visto como la estabas mirando hace rato.

—No sé de que hablas —murmuro.

—Sabes muy bien de lo que hablo —guiñe coqueto. —Pero gracias por estar aquí ahora mismo, estoy seguro que me hubiera, esperado en los estacionamientos para que nos fuéramos juntos en mi Jeep para llevarla a su casa.

—Quizá... —respondo encogiéndome de hombros.

—Sam, el sábado haré un carrete en mi casa. ¿Te gustaría venir? —pregunta Miranda retomando la conversación.

—Mmm...

—Ya *poh* di que sí. Así logras convencer a Ginevra para que vaya también, que la muy fome se quiere quedar en su casa viendo a los mijitos ricos de los Vikingos.

—¿No vas a ir? —Inquieta mientras me siento un poco intimidada por su escrutinio—, porque si quieres yo te podría ir a buscar a tu casa y de ahí, nos vamos a la casa de Miranda.

—Es que...

—¡Vamos Ginevra! —interrumpe mi amiga otra vez—, no digas que no. Te conseguí conductor particular para que te vaya a buscar a tu casa como la buena amiga que soy, porque no dices simplemente que sí.

—Claro, te conseguiste un *uber* gratis para que te transporte todo el día sábado —interviene Samuel.

—¿Todo el día? —inquiero asombrada por aquella propuesta. Jamás pensé que Hardy quisiera hacer eso, o al menos que lo diga para convencerme de que realmente vaya al carrete de mi amiga en la noche.

—Sí —sonríe de lado, lo que me hace morder el labio inferior por un instinto casi primitivo en este momento—, es más. Me ofrezco el día de hoy ser tu *uber* personal y llevarte a donde sea que tengas que ir.

—No es necesario —respondo rápidamente—, además...

—Ginevra, creo que me tendré que ir —dice de repente Miranda, respondiendo algo en su móvil—, lo siento —me besa la mejilla—. Luego me das las gracias —murmura en mi oído y se aparta de nosotros con una sonrisa de lo más tonta—. Adiós Sam, deja a mi amiga sana y salva en su casa —le guiña y sale en dirección a los estacionamientos de la universidad.

—Entonces...

—No, creas que tienes la obligación de ir a dejarme a mi casa —lo interrumpo—, además aún tengo que entregar unos libros en la biblioteca y...

—Mira qué casualidad —muestra un libro de Stephen King en sus manos—, yo también debo entregarlo hoy.

—¿Lees *Carrie*? —pregunto confundida al ver el título del libro.

—Por supuesto que sí. No hay mejor drama, que una adolescente con poderes telequinésicos, que asesina a diestra y siniestra a las personas que la torturaron en el baile, luego de ser bañada con sangre de cerdo.

—Eres raro —es lo único que me atrevo a decir, mientras él se coloca a reír a carcajadas por mi comentario—. Creo que nadie te lo había dicho en la cara —comento aún más segura por mi apreciación.

—Me han dicho de todo, pero creo que nadie me ha dicho raro —responde entre risas, apretándose el estómago.

—Pero es un buen cumplido —nos quedamos mirando a los ojos por un instante y deja de reír para sonreír, discretamente por lo que he dicho.

—Lo es. Y más viniendo de ti —comienza a golpear con sus dedos el libro, y no pasa desapercibido que tiene una corrida de anillos de plata en sus cuatro dedos. —Gin, ¿por qué siempre estás tan sola? —pregunta, lo que provoca que me vuelva a centrar en él y no en su mano.

—Me gusta ser una persona solitaria. No sé, además creo que no tengo muchas cosas en común con nadie del curso, y supongo... —me encojo de hombros sin terminar la oración, también no se me ocurre nada más para decir

en este momento.

—Puede, qué eso de que no tienes nada en común con lo demás sea cierto, pero se supone que la variedad de las cosas hace que todo sea mucho más divertido.

—Pues...

—Nade de pues. Mírame —lo observo con detención para que sepa que le estoy prestando atención—, parezco el típico mino que parece surfista con un largo pelo rubio oscuro y ojos verdes. Y por si fuera poco musculoso, ya que me gusta entrenar mi cuerpo —asiento conforme, porque él se describió tal cual es, detallándose a grandes rasgos—, pero me gusta leer novelas de terror —señala el libro de King—, y por si fuera poco estudio una de las carreras más difíciles de estudiar, o sea, no es que vayamos a curar el cáncer o el sida —y mi estómago se aprieta de pronto por su última palabra—, pero estudiamos una carrera que nos hace estar en constante conocimiento y por si fuera poco, luego tenemos que traspasarlo a los cabros chicos, cuando seamos profesores de historia. O sea que a pesar de que parezco el típico surfista, soy un mino inteligente.

—¿Y qué tiene que ver eso con la variedad? —inquiero confundida al darme cuenta que no tenía nada que ver con lo que estábamos hablando.

—En realidad nada, solo estaba demostrándote, que soy un buen partido para ti —guiñe coqueto y me arranca una sonrisa por su honestidad. — Deberías sonreír más a menudo Gin.

—¡Ah! —me llevo ambas manos a mis mejillas—. Es que yo sí sonrío.

—Mmm... —hace una línea con los labios—, estoy seguro que no lo haces —niega con la cabeza—. Te he visto por estos cuatro años, y solo sonríes cuando algo tiene que ser tan gracioso que te logra arrancar una sonrisa. ¿Por qué no sonríes? —pregunta.

—Samuel... —murmuro, bajando la vista para observar el anillo de plata—, digamos que soy una persona que aprecia ciertos momentos y que no regalará sonrisas porque sí a todo el mundo.

—¡Vaya! Que profundo lo que dijiste —comenta mientras nos volvemos a quedar en un silencio bastante incómodo—. Entonces, dices que no eres feliz.

—¿Y qué es la felicidad? —lo contraataco con otra pregunta, porque es obvio que estoy jodida y que la palabra felicidad, no existe en mí desde hace años.

Se vuelve a quedar en silencio, porque es obvio que no esperaba que le preguntara eso.

—La felicidad supongo que es un instante —contesta—, por ejemplo yo soy feliz cuando estoy en el tubo de la ola montando mi tabla de surf, pero tal vez sea la adrenalina lo que provoca ese estado casi eufórico por así decirlo... —responde como si realmente no estuviera seguro de la respuesta que me ha dado.

—¿Y que es estar dentro del tubo? —consulto realmente intrigada, porque en realidad no conozco a nadie, que practique ese deporte y es la primera vez que se da una instancia real para averiguar más cosas de él.

—Uf, es un momento épico en el que te conectas a tal nivel con la naturaleza, que eres parte del medio y pareciera que dejaras de ser un ser humano. O al menos eso me pasa a mí —responde bastante emocionado.

—Increíble —es lo único que me atrevo a decir.

—¿Te gustaría aprender?

—Creo. En realidad no sé nadar —confieso avergonzada.

—Pero... —boquea como un pez fuera del agua, ya que él no esperaba esa respuesta por parte mía y más cuando vivimos en un país que tiene mar desde el extremo Norte al extremo Sur. —¿Cómo es posible que no sepas nadar? —pregunta desconcertado y casi al punto de elevarse de la banca y moverse de un lado a otro indignado por mi situación.

—No lo sé —me encojo de hombros—. Cuando era chica, mis papás, me metieron a estos cursos de natación, pero la verdad es que nunca aprendí a nadar. Y como luego saber nadar no era prioridad en mi vida.

—¡Te tengo que enseñar! —me interrumpe—, es imposible que Gin no sepa nadar, es más, me parece ridículo —niega con la cabeza desconcertado.

—Oye, no pongas esa cara. Miles de personas en el mundo no saben nadar y siguen con su vida de lo más normal.

—Tonterías —niega con la cabeza—. Serás mi compañera de vida —

frunzo el ceño al darme cuenta lo que ha dicho—, y tienes que saber nadar para irnos de vacaciones a los lugares donde, hayan piscinas, lagos o inclusive mar.

—¡Estás loco Samuel! —es lo único que me atrevo a decir.

—¿Por qué? —inquieta acercándose a mí—, me gusta pensar que estaremos juntos algún día.

—Creo que no deberías pensar en esas cosas —respondo, alejando mi cuerpo del suyo. —Pero poniéndonos serios otra vez, me da miedo aprender a nadar —confieso uno de mis grandes secretos.

—Pero no te va a pasar nada malo a mi lado, es más me preocuparé que estés sana y salva como pretendo que sea nuestra vida juntos.

—¡Oye! —pongo mi mano en stop—, estás completamente loco al asumir, que tendrás algo de mí, tú no me conoces y yo tampoco a ti. Y estoy segura que no tenemos nada en común, solo que ambos estudiamos historia.

—Eres un ser humano —responde seriamente—, es obvio que ya tenemos algo en común, porque ambos somos de la misma especie.

—¡Ja! —respondo en forma irónica—, piensas que si fueras el hombre pez de Guillermo del Toro no me podría fijar en ti.

—¿La viste? —pregunta curiosamente.

—Obvio que sí —afirmo—. No debería decírtelo, pero la vi más de una vez —me cubro el rostro con ambas manos, porque siento que mis mejillas, se están sonrojando más de la cuenta en este momento—, me gustó mucho la historia de la película.

—¿Por qué te cubres? —Consulta, quitando mis manos con sumo cuidado de mi cara—. Es más, eres de las pocas chicas con las que he conversado que dice que la ha visto, la mayoría comentó que vio la del perdedor que se cree amo —expresa tan graciosamente que me muerdo el labio inferior para no sonreír por su comentario. —Supongo que también la viste —niego rápidamente—, me alegro que no hayas sucumbido, porque reconozcamos, es tan irreal eso.

—Quizá —murmuro, porque mi experiencia sexual es como la de un bebé pingüino así que no sé mucho al respecto—, pero solo diré que esos libros son un *fanfiction*<sup>[4]</sup> de Crespúsculo, la saga de Stephenie Meyer.

—No digas que eres una adicta a los vampiros, por favor —y su voz se escucha dramáticamente exagerada.

—No de los vampiros que brillan —respondo graciosamente, lo que le arranca una risa algo estrepitosamente—, solamente los vampiros que parecen a Louis de Pointe du Lac de “Entrevista con un vampiro”.

—Ajá —asiente lentamente—, entonces eres del tipo que le gusta Brad Pitt —sonríe, negando con la cabeza—, por Dios Gin —sus ojos se conectan con los míos—, eres tan cliché.

—¿Cliché yo? —pregunto desconcertada, llevando mi mano hacia mi pecho.

—Claro que sí, podrías decir que te gustaba Lestat de Lioncourt. Él era un verdadero vampiro, el otro era un perdedor más.

—Louis no era un perdedor —lo defiendo—, tan solo que Lestat era la maldad personificada y nunca me ha gustado Tom Cruise realmente —respondo con sinceridad.

—Ah, entonces no has leído el libro —asume achicando los ojos hacia mí. Me encojo de hombros realmente avergonzada, al sentirme expuesta de no haber leído el libro en cuestión y solo conocerlo a través de la película que vi hace un par de años. —Te perdono, porque yo tampoco lo he leído —me guiño coqueto y me arranca una sonrisa sincera. —Al fin me regalas otra sonrisa Gin —asiente—, pensé que no me la ibas a dar en este rato, creo que me merezco un premio.

—¿Premio? —pregunto confundida.

—Sí *poh*.

—¿Y puedo saber cuál sería el premio en cuestión? —consulto intrigada y realmente, esperando que estupidez va a decir en este momento.

—Que vayamos a dar una vuelta a la playa.

—¿Quieres ir a la playa? —inquiero confundida.

—Estamos en *Valpo* —expresa lo obvio—. Además el día está filete, creo que deberíamos darnos una vuelta a la playa.

—Filete —asiento lentamente—, jamás pensé que ocuparías esas palabras para hablar, realmente siento que eres un alienígena que está

ocupando el cuerpo de Samuel Hardy para expresarte de esa forma. Es más eres tan... no sé... esnob —murmuro lo último.

—Gin —se coloca a reír a carcajadas—, es obvio que debemos hablar con cierta propiedad con los profes y más cuando se trata en las pruebas orales, pero en realidad soy uno más del montón, a pesar que me acabas de decir que soy un esnob más, dentro de la U.

—Es que me parece ridículo todo esto —me sincero—, me parece tan raro estar conversando de otra cosa que no sea algo relacionado con la U, para que hablemos de cosas tan mundanas como vampiros y no sé... —me encojo de hombros, porque en realidad esto parece ridículo, Samuel no es el tipo de aquellos a los que le gusten los seres sobrenaturales, pero ahí estaba leyendo a Carrie y luego se expresa de una manera tan natural y accesible que todo lo que creía de él, se desmorona como castillos de arena, que fueron azotados por una gran ola.

—Es que te falta mundo Campanita —afirma y me doy cuenta que no me ha nombrado por mi nombre.

—¿Campanita? —pregunto confundida.

—Es que eres pequeña, y por si fuera poco tienes una nariz respingada y tu cabello es rubio. Eres como Campanita.

—Prefiero que me digas Gin, antes de Campanita.

—Pues lo pensaré —sonríe de lado, lo que casi me hace rodar los ojos por su excesivo descaro—. Puedo preguntar por qué te llamas Ginevra con uve.

—Porque la señora que inscribió mi nombre en el registro civil, lo escribió de esa manera —Samuel me mira como si esperara que aquello que le digo, es una maldita broma. —Miento —me encojo de hombros—, bueno en parte la señora que inscribió mi nombre lo anotó mal el día de mi nacimiento. Pero sinceramente a mi papá le encanta la leyenda del Rey Arturo y no me iba a poner Artura —se muerde el labio inferior para no colocarse a reír a carcajadas, porque ahí sí que hubiera sido blanco de burlas, desde el kínder hasta hoy y posteriormente en mi trabajo como docente, por parte de mis alumnos—, así que optó por Ginebra. Y también, pensó que le daría cierto peso mi nombre, no sé cosas que se les cruzan por la cabeza a los padres en el momento de inscribir a sus hijos en el registro civil.

—Ginevra —murmura asintiendo lentamente. —Y no te molesta que digan Gintonic.

—Pues —me encojo de hombros—, antes cuando iba en el colegio mis compañeros de la media me molestaban, pero ahora ya no me molesta para nada, al contrario me parece ridículo que se tomen un par de segundos de su vida para hacer aquel tan absurdo comentario.

—Quiero decir que jamás, pensé que te llamabas así, en honor a la esposa del Rey Arturo, sin duda tu padre tiene excelente gusto —afirma sonriendo ampliamente—. Y ahora entiendo, porque te fue tan bien en los ramos de Historia Universal Medieval I y II, si parecieras que hubieras vivido en esa época, y que solo estabas replicando la información adquirida. Y lo diste a conocer en las exposiciones que dimos, ya sea en las pruebas orales y para que decir en las escritas.

—Ah, eso. Si vieras mi casa —niego con la cabeza.

—¿Me estás invitando a tu casa? —interroga sorprendido.

—¡Claro que no! —respondo rápidamente. —Además que mis padres, viven en la región Metropolitana y yo en Viña.

—Oh, por Dios —eleva su rostro al cielo—, eres tan cuica<sup>[5]</sup> —responde de manera tan exagerada que no sé si lo dice en broma o realmente cree que lo soy.

—Nada que ver —respondo a la defensiva—, y estoy seguro que tú también vives en Viña y capaz que tu casa tenga vista al mar.

—Mmm... tal vez —voltea su rostro y mira coqueto—, pero pensaba que vivías acá en Valparaíso, incluso pensé que pernoctabas en alguna residencial que se encuentran cerca, sinceramente jamás pasó por mi mente que vivieras en un departamento o una casa en Viña. ¿Vives sola?

—No te responderé eso —contesto seriamente, por muy compañero que sea, jamás le daría esa información.

—No soy un psicópata —se ríe.

—Si lo fueras, tampoco me lo dirías —lo contraataco.

—*Touché*. Supongo que tienes razón. Pero sinceramente, no creo que compartas departamento con alguien.

—¿Y que te hace creer eso? —indago molesta—. Fácilmente podría estar viviendo con mi pololo, que es asesor de algún diputado o senador de la región.

—¡Ja! que rebuscado —ríe a carcajadas—, te hubiera creído más si me dices que vives con tu polola.

—¿Crees que soy lesbiana? —inquiero asombrada. Mientras miro mi ropa y estoy con unos jeans claros y una camiseta básica con un estampado de picaflor, pero en realidad no parezco para nada a una, creo.

—No —niega—, pero si fueras lesbiana, serías de las que son sexys.

—¿Y cómo es eso? —consulto realmente intrigada. No entiendo que me quiere decir con exactitud.

—Que serías de las guapas y femeninas, no es que sea malo ser un poco menos femenina, te lo aclaro antes de que pienses que soy el típico homofóbico, que no acepta la diversidad de las personas —asiento lentamente al darme cuenta que a él, le interesa demasiado aclarar que respeta a todas las personas como tal. —Además, pareces una pequeña hada con tu porte y rostro, estoy seguro que eres el sueño húmedo de hombres y mujeres por igual sin importar su condición sexual.

—No puedo creer que digas eso —digo contrariada.

—Pero, ¿por qué? —se hace el ofendido mientras aflora una sonrisa de lo más insolente—. No tiene nada de malo, decirte que fácilmente, serías el sueño de cualquier ser humano, además no te das cuenta, pero eres una pequeña cosa que exuda sensualidad por los poros.

—Me siento como un objeto en este minuto —respondo molesta.

—No eres un objeto —deja de ser el bromista de hace rato, para ponerse serio de repente—, al contrario, pero estoy siendo sincero contigo, no veo el problema, además no sacó nada con mentirte, cuando lo obvio está a simple vista.

—Es que yo no me veo de esa manera.

—Lo sé —sonríe de lado—. Y eso es lo mejor.

## 2. Samuel

Quién se iba a imaginar que Campanita, vivía a dos cuadras del departamento que comparto con mi hermano mayor, es que parece una maldita broma, porque jamás la vi en estos cuatro años que hemos sido compañeros en la PUCV<sup>[6]</sup>.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Saúl, entregándome una kunstmann.

—Te acuerdas de Gin —comentó, abriendo la lata para beber de un trago la mitad de la cerveza.

—Campanita, claro que me acuerdo de ella, sí me has hablado de la pequeña hada desde hace cuatro malditos años —comenta mientras prende un cigarro —, ¿Qué pasó con ella? —inquire.

—Pasó que hoy hablamos por casi media hora. Y... —bajo la vista hacia la cerveza—, es rara.

—¿Rara? —pregunta confundido—. ¿Qué me quieres decir con exactitud?.

—Que no era la reina del hielo, como asumían todos los idiotas que tengo por compañeros. Incluso me sonrió en más de una ocasión. Y sabes lo peor de todo —Saúl se encoge de hombros, porque no tiene idea lo que se está pasando por mi cabeza—, ya que su sonrisa parecía que iluminaba todo a su alrededor.

—O sea, que los tiene ultra blanqueados —se mofa, lo que me arranca un soplido por mi parte.

—No, imbécil. No los tiene blanqueados como dices, pero tampoco amarillentos. Posee dientes de conejito, y sus paletas son un poco más grandes que el resto de sus pequeños dientes, pero a pesar de todo los tiene simplemente perfectos. —Y fue una de las sonrisas más lindas que he visto en mis veintidós años de vida.

—Entiendo que te gustó su sonrisa de conejito —vuelve a fumar—, pero ¿qué tiene que ver eso con lo demás?.

—Es que ella, no le regala una sonrisa a nadie, si todos le dicen a sus espaldas que es la reina del hielo, en vías de ser una sociópata, porque no demuestra ninguna emoción, salvo cuando se encuentra con la chica con la que más se junta en la U, pero... —Creo que me gusta —respondo desganado.

—Sam —deja el cigarro en el cenicero para centrarse más en mí—, eres mi hermano menor, te cambié pañales cuando eras un bebé —niego con la cabeza, porque los doce años de diferencia no lo deja olvidar nunca y siempre lo trae a la palestra cuando puede—, y me has hablado de Ginevra Jones, desde que la conociste en el primer año de carrera, es obvio que te gusta de verdad, pero la cuestión es... —se aclara la garganta por un instante—, ¿tú crees que ella siente una atracción física por ti?.

—Pues —me froto la frente por un minuto—, no lo sé.

—Pero Sam, como no lo sabes. Eres Samuel Hardy, el tipo que más minas<sup>[7]</sup> se ha comido luego de este pechito —se señala el pectoral y me arranca una sonrisa cansada—, hasta te metiste con la pesada de mi jefa —sonrío discreto, porque la jefa de mi hermano estaba bien para los cuarenta y quería decirle a todas sus amigas, que se había comido a un mino rico de veinte, le hice un favor prácticamente, aunque no gané nada de experiencia como mi hermano mayor cree, es más, estoy seguro, que yo le enseñé cosas a ella que no tenía idea que se podían practicar—, ¿no sabes qué cosa siente Gin por ti? —dice confundido.

—Es que nunca me había pasado eso con alguna mina —me sincero. —Incluso le pregunté si era lesbiana —me muerdo el labio inferior y los ojos claros de mi hermano, se abren más de la cuenta como no dando crédito de lo que le estoy comentando. —Y me confesó que no le gustaban las mujeres, bueno creo que me dijo que no le gustaban, porque no lo afirmó pero tampoco lo negó —suspiro derrotado—. Y nunca me dijo que le gustaban los hombres, solo mencionó que le gustaba Brad Pitt, pero eso no dice nada, ya que casi al noventa por ciento de la población mundial, le gusta este tipo.

—¿Es Asexuada? —pregunta con cierta incredulidad.

—Ni siquiera sé si realmente las personas pueden llegar a ser asexuada —menciono derrotado—, tal vez le gusten mayores.

—Alguien como yo —dice orgulloso, lo que rápidamente, me hace tirarle el cojín a la cabeza. Es obvio que Saúl es del tipo de hombre que le

gustan a las mujeres, si quieren en sus vidas a alguien formal con traje y corbata, cabello a ras y barba cuidada, con una contextura física idéntica a la mía. Pero... —. Idiota, jamás me metería con Gin, ella es intocable — responde, tirándome el cojín de vuelta—, pero quizá a ella no le va el estilo surfista y relajado que posees. Sé que eres joven y yo mismo andaba todo desgarbado en la U, como diciendo no me importa lo que piensa el resto de mí, pero sé que a algunas mujeres desde un comienzo, se focalizan en encontrar a un hombre casi perfecto y un surfista tal vez no entran en sus planes.

—Pero estudio historia —cruzo mi pierna y comienzo a jugar con la base de mis zapatillas.

—Sí, pero serás profesor —comenta bebiendo su chela.

—¿Y eso? —ahora me cruzo de brazos molesto.

—Que podrías haber estudiado leyes o cualquier mierda parecida.  
Y...

—Estudio historia, porque a pesar de ser máximo nacional en historia y lenguaje siempre quise ser profesor de esta asignatura y no tiene nada de malo, al contrario creo que tiene mérito no seguir las carreras tradicionales. Además, es obvio que esta fase de surfista va a pasar cuando entre a trabajar —respondo otra vez golpeando la base de mi zapatilla insistentemente—, y una mierda, si alguien cree que porque soy profe, no seré buen partido — además no veo que Campanita sea una persona prejuiciosa, que solamente quiera estar con un médico o un abogado por mucho que el sueldo a final de mes sea el doble o más bien el triple de un profesor.

—Perdón —responde mi hermano, acariciándose la barba, porque mi viejo y él me trataron de convencer hasta último minuto que siguiera sus pasos —, pero volviendo al tema principal, creo que tal vez a Gin, no le llama la atención ese tipo de hombre que encarnas y por más que seas uno de los más mateos del curso, porque para ella solamente, serás un surfista más con cabello largo que se puede encontrar en cualquier playa de Chile.

—Sí, puede ser —respondo mirando la chela que tengo en mi manos —, pero igual podríamos ser amigos.

—Sabes que no puedes ser amigo de ella —afirma y siento como si me hubiera dado un combo<sup>[8]</sup> en el estómago por aquel comentario—. Lo que si

puedes hacer, es cortejarla a la vieja escuela.

—¿A la vieja escuela? —pregunto confundido.

—Claro, hace lo que hizo el viejo con la mamá —lo quedo mirando con mayor atención para escuchar mejor lo que me quiere decir—. El papá, confesó que todos los días la acompañaba a su casa, a pesar de que ella vivía en Talcahuano y él en Concepción —asiento conforme, porque la mamá nos contó eso en más de una ocasión—, y que la invitaba a salir como amigos, iban al cine, estudiaban juntos, tomaban esos helados que tanto le gustan a mamá hasta hoy. Y por cansancio básicamente se la ganó.

—Yo pensé, que era porque lo encontraba atractivo al viejo.

—Papá, me confesó que cuando él andaba detrás de ella, un compañero de curso de descendencia hawaiana, la estaba cortejando al mismo tiempo y sí él no la termina de conquistar por cansancio o lo que sea, ahora seríamos como el tipo que sale en la liga de la justicia.

—¿Batman?

—¡No! —niega con la cabeza—. Te hablo del que hace de Acquaman. El tipo alto musculoso que salió en Games of Thrones, él que se tiraba a la Khaleesi<sup>[9]</sup> en la temporada 1.

—Ah... —asiento lentamente—. Seríamos más exitoso de lo que ya somos, —acercamos nuestras latas, dándole un suave golpe—, imagínate nuestra versión de ojos claros que heredamos de nuestra vieja, pero con un bronceado natural y midiendo dos metros de altura. A esta fecha del partido, tendríamos nuestro —y me agarro el paquete—, propio altar o quizá nuestro propio harem personal.

—Cabro chico —niega con la cabeza con una sonrisa de lo más burlona.

—Yo —respondo entre risas—, no es malo admitir, que lo único bueno que heredamos de nuestro viejo es la contextura y... —me vuelvo a señalar la ingle—, bueno el tamaño.

—Supongo que son buenos los genes —responde, riéndose a carcajada limpia—, pero no le digas nunca al viejo, que estamos agradecidos de ser sus herederos naturales con excelente equipo.

—Claro que no, que aún se sigue inflando el pecho, al decirle a sus

amigos que su hijo menor, desechó a las mejores universidades de Santiago, simplemente, porque le apetecía más el vivir a la orilla del mar.

—Claro, como si Viña no fuera Santiago —nos quedamos mirando y nos colocamos a reír a carcajadas al mismo tiempo—, pero hablando seriamente —deja la lata en la mesa de centro y rápidamente, el ambiente se pone denso por así decirlo. —Aunque nuestros viejos, nos enseñaron desde chicos, que no los hiciéramos abuelos teniendo menos de dieciocho años, enseñándonos todos los medios de anticoncepción. Es obvio...

—Me quieres, preguntar si me he pegado alguna ETS<sup>[10]</sup>, quiero que estés tranquilo. Puede que sea caliente —sonreímos al mismo tiempo—, pero siempre me he metido con las minas con condón, además créeme. En mis planes no entran tener una enfermedad venérea por que la mujer estaba rica y no me puse un condón por la calentura del momento.

—Me parece bien eso hermanito —asiente conforme—, me gusta saber que los viejos, nos criaron bien a los dos.

—La verdad es que hicieron un buen trabajo —sonreímos—, y me alegro que solo fuéramos nosotros dos, a la hora que tenemos una hermanita —negamos con la cabeza al mismo tiempo—, creo que la tendríamos encerrada en la casa, hasta que cumpliera cuarenta años.

—Es lo más probable —nos colocamos a reír a carcajadas.



### 3. Ginevra

—¿Qué haces aquí? —pregunto, quitándome los audífonos y así escuchar la respuesta de Samuel Hardy, que sonrío en mi dirección con dos cafés de Starbucks en sus manos.

—Quería tomar un café contigo.

—Ok —digo extrañada.

—No me mires así, es solo café —dice colocando al frente de mi nariz uno de los vasos y el olor, inunda rápidamente mi nariz, lo que me hace, cerrar los ojos y disfrutar de la droga de los dioses—, y como lo esperaba, a Gin le encanta el café.

—Me declaro culpable —nos quedamos mirando y él sonrío ampliamente, dejando a la vista esa sonrisa que pareciera que fue arreglada por años de ortodoncia. —Pero, ¿cómo sabías que iba a estar aquí? —consulto al darme cuenta que es sábado y apenas son la nueve de la mañana.

—La verdad es que... —vuelve a sonreír— estos cafés, son para mi hermano y para mí, pero como te vi saliendo del edificio, pensé... —ríe entre dientes—, que preferiría tomar café contigo que con mi hermano mayor.

—Ah... —asiento lentamente—, creo que deberías tomarlo con él. Además que ahora, creo iré a correr.

—Me lo imaginé —sonríe repasándome el cuerpo de pie a cabeza—, no pensé que hacías deporte —se muerde el labio inferior—, es más, nunca te he visto correr por aquí al frente —señala la costanera con sus labios delgados.

—Es que digamos que no me has visto, porque es la primera vez que iré a correr —respondo, encogiéndome de hombros, mientras él se pone a reír a carcajadas, a lo que sinceramente, no le encuentro ninguna gracia.

—Buena respuesta Gin, pero deberías conseguir a un compañero de trote.

—¿Por qué? —pregunto confundida.

—Porque los hombres, no respetamos a las mujeres cuando andan solas —responde seriamente.

—Pero...

—No, nada de peros. Eres una chica muy linda como te dije el otro día y como te ves vestida ahora mismo —suspira—, ¡Mierda! Te ves malditamente sexy.

—Malditamente sexy —lo parafraseo sin dar crédito a lo que me está diciendo.

—Sí. Eso mismo. Pero si quieres te puedo acompañar —se ofrece, mostrando una de las sonrisas, que estoy segura que ocupa para conquistar a las mujeres en plan macho alfa cazador—, además sería un buen momento para conocernos un poco más.

—¿Más? —inquiero exagerada. Creo que ya no necesito saber nada de él. Aparte de que parece surfista y según las malas lenguas, se ha metido con media universidad e incluso estuvo con una ayudante de historia de la U de *Valpo* el año pasado.

—Sí —frunce el ceño rápidamente—, que tiene de malo, al contrario. Creo que sería bueno, saber un poco más de nosotros y que no tenga que ver básicamente con la carrera.

—Es que no es una buena idea —murmuro.

—¿Por qué? —dice extrañado—, además podemos ser amigos.

—¿Amigos? —respondo sorprendida, lo que le arranca una sonrisa algo burlona. —¿Por qué quieres que seamos amigos? —si no tenemos nada en común realmente, salvo que a ambos nos gusta la historia y al parecer la docencia.

—Porque sí. Además supongo que sería bueno tener una amiga.

—No te puedo creer lo que me estás diciendo, siempre estás rodeado de chicas en la U —aprieta los labios, porque es obvio que no me puede rebatir— además luego que terminé la carrera, me iré de Viña, entonces no quiero afianzar lazos si de todas maneras no me quedará en la ciudad el próximo año.

—¿Te vas a ir? —pregunta extrañado.

—Sí —me encojo de hombros—, no tengo nada que me ate aquí realmente. Y siendo sincera, no quiero trabajar aquí en Viña.

—¿Y en *Valpo*?

—Pues... —suspiro—. La verdad es que no me he detenido, a pensar si me podría quedar a trabajar en Valparaíso, pero es que extraño mi hogar.

—Tu casa, o sea la de tus padres.

—Sí —me encojo de hombros—, mis padres son de Buin —él se encoge de hombros, porque no debe tener idea donde queda eso—, región Metropolitana, pasado el puente Maipo yendo hacia el Sur.

—Sé donde queda Buin —sonríe de lado—, tan solo pensaba que eras santiaguina, o sea de las que viven en Las Condes, Vitacura, La Reina o sea las que viven en el barrio alto.

—¿Por qué? —ahora yo pregunto confundida.

—Porque, sé que estos *deptos* son caros, o sea yo en este minuto no me los podría permitir, sino estuviera viviendo con mi hermano, por eso pensé que eras una niña rica.

—Ah... —asiento lentamente. Siempre lo idealicé que vivía dentro de un harem de mujeres guapas y sexys en alguna casa en Viña, pero jamás se me pasó por la cabeza que vivía con su hermano.

—Pero en Buin, igual hay personas que tienen parcelas y casas grandes. Así que quizás seas de las cuicas de campo.

—Samuel —niego con la cabeza—, es lo más gracioso que me podías decir. En realidad no tengo nada de cuica —aseguro fehacientemente.

—Pero eres rubia y te apellidas Jones —responde, haciendo hincapié en mi color de cabello y mi apellido.

—¡Ja! pero eso no dice nada realmente, es solo una estigmatización en la ridícula sociedad en la que vivimos actualmente, porque eres un poco más blanco de piel, de cabello y de ojos claros, tienes un apellido inglés o gringo, ya eres una persona adinerada, cuando esa analogía es una completa falacia, dentro de la sociedad mestiza chilena en la que vivimos. —Asiente sin comentar nada más, así que retomo la conversación. —Y por si fuera poco, tú

eres mi versión en masculino —sonríó conforme al demostrarle que el color y los apellidos, no significan nada realmente y que no deberíamos encasillar a las personas solo por su aspecto y origen étnico.

—Creo que tú eres la guapa —guiñe lo que me hace rodar los ojos por su comentario tan superficial, cuando claramente estaba defendiendo un punto de vista totalmente diferente a lo que me acaba de decir, es obvio que esa técnica de conquistador le debe resultar con las otras chicas, pero conmigo no. —¿Por qué no te quedaste en Buin y te fuiste a estudiar a la Chile<sup>[11]</sup>, o a la Católica<sup>[12]</sup>?, aunque ahí igual, tienes que hacer un año o quizá dos para sacar la pedagogía o incluso haberte ido a la Usach<sup>[13]</sup> que tiene un buen programa de estudio.

—Porque me gustaba el programa de pedagogía de historia de la PUCV, básicamente eso fue el incentivo de venirme a estudiar aquí a Valparaíso —me encojo de hombros, porque no hay nada más de trasfondo de mi decisión de venir acá.

—A mi igual me gustaba el programa de la U —me entrega el café y para no dejarlo con el brazo estirado se lo recibo—, es más, podría haber estudiado en Santiago en cualquier U, pero siempre quise estudiar acá.

—¿En serio? —pregunto asombrada de que quizás, nos parecemos un poco más de lo obvio.

—Sí —sonríe discreto—, aunque mi viejo me persuadió hasta el último minuto que optará por la carrera de Leyes, pero la verdad es que no podría defender a un maldito violador, asesino, o un corrupto de cuello blanco, de aquellos que pululan en la sociedad.

—¡Wow! —es lo único que me atrevo a decir.

—Pero siempre quise ser profesor de historia. Además, cuando ingresé a primero medio, mi profe, era la mujer más inteligente que alguna vez se hubiese cruzado en mi camino, y era tan buena para explicar los contenidos, que me enamoré de la docencia por así decirlo. Y como guinda de la torta, ella venía...

—De la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso —termino la oración por él.

—Culpable —sonríe ampliamente—. Además mi hermano, estaba

viviendo ya aquí en Viña y todo se dio para que estudiara acá en la zona, sin la necesidad de buscar residencia o compañeros para arrendar un departamento.

—Entonces, ¿no eres viñamarino? —consulto.

—No —niega—, mis padres son de la gran Concepción, pero ahora, están radicados en Puerto Varas. Es más, los veranos me voy al Sur con mi viejos para estar con ellos y así aprovecharme de los dotes culinarios de mamá —sonríe ampliamente, tal vez recordando algún plato en especial que prepara su madre.

—Qué bueno —asiento lentamente—, la verdad es que en los veranos, también me regreso a Buin, porque la dueña del departamento, lo ocupa para arrendarlo a los turistas que vienen del otro lado de la Cordillera. —Pero como que las cosas no están muy bien con mis papás.

—¿Por qué? —pregunta extrañado.

—Porque, desde hace años pasó algo que nos marcó a todos de diferentes maneras, podría decirse que no somos una familia verdadera hasta hoy, a pesar de que nos queremos y respetamos como se supone que lo hace una familia unida, siento que no es lo mismo. Y... —trago saliva con dificultad, porque es un tema que aún mis padres y quizá ya no lo asumimos y aceptamos del todo.

—Ah, comprendo —asiento lentamente—, hay situaciones que marcan a las familias para bien o para mal, pero lo importante es que todavía existe un vínculo real entre ustedes, a pesar de que algo, les afectó hace un par de años, tienes que ver el vaso medio lleno después de todo.

—Sí creo que tienes razón —murmuro conforme con lo que acaba de decir, debo pensar que en verdad, tuve suerte de que mis padres, no terminaran separándose luego de la noticia que no solo me marcó a mí de por vida, sino a ellos al sentirse responsable de llevarme a ese lugar y no a otro, porque aún recuerdo las conversaciones a puertas cerradas en las que subían, la voz diciendo y juzgándose el uno y el otro.

—¿Y eres hija única Gin? —consulta mientras bebe un poco de su café, me mira por sobre el vaso y me observa por un par de segundos.

—No, la menor, y un hermano de 25 años.

—Ah... —asiento lentamente. —Sé que no quieres que te acompañe a

trotar —me muerdo el labio inferior, porque la verdad es que se me había olvidado que quería hacer eso en este momento—, pero me acompañas a comprar un café —me señala el vaso—, así se lo llevo a mi hermano y no se molesta conmigo.

—Eee... —miro mi ropa y dudo si me veo presentable.

—Tranquila, no te preocupes por como te ves. Al contrario, además si tenemos suerte, nos podemos encontrar con Monroe.

—¿Monroe? —pregunto confundida.

—Sí, es un perro que está a un par de cuadras de aquí. ¿Vamos? — responde colocando su brazo para que pase el mío y caminemos entrelazados. Niego con la cabeza y comienzo a andar, adelantándolo un par de metros.

—¿No quieres que te acompañe? —pregunto dándome vuelta, fijándome que sus ojos se centran en mi trasero, niego con la cabeza, cruzándome de brazos o más bien uno, porque con la otra mano, aún tengo el vaso de café.

—Claro que sí —da dos zancadas y queda a mi altura—, lo que pasa es que... —sonríe, encogiéndose de hombros. —Soy varón.

—¿Y? Yo soy mujer, y no por eso estoy mirando tu ingle a cada rato —respondo molesta.

—Pero la puedes ver —me entrega su vaso apenas y lo recibo, mientras da dos pasos hacia atrás y tira su pantalán de buzo a los lados para marcar toda esa parte anatómica de su cuerpo. —Estamos a mano —se acerca otra vez a mí y me golpea la nariz con el índice—. Y eso —murmura en mi oído—, que no lo has visto en acción.

—¿Cómo es posible que me digas eso? —pregunto, y me aparto de él, bastante molesta por su comportamiento, entiendo que muchas chicas de mi edad e incluso menores, son de mente abierta y están conforme, hablando de sexo como tal, pero él no debe asumir que todo el mundo es igual.

—Porque somos adultos, tampoco es para tanto.

—Bueno, no todos tenemos tanta soltura para hablar de sexo —espeto molesta.

—Sí, creo que tienes razón —responde extrañado—, en todo caso, no

te quise incomodar de ninguna manera, se me había olvidado que tú eres diferente.

—¿Diferente? —pregunto seriamente, porque es imposible que él sepa lo que me pasó hace tantos años.

—No me hagas caso —cruza su brazo sobre mis hombros y comenzamos a avanzar un par de metros en pleno silencio. Y recién me estoy dando cuenta que tiene un contacto sobre mi cuerpo, ¿Qué es lo que hace él? para que se me olvide todo por un momento. Pareciera que con Sam, no estoy a la defensiva todo el día, como con las personas que tengo que interactuar, lo que sin duda es raro, bastante raro, para ser sincera conmigo misma. —¿Por qué decidiste estudiar *pegajodida*? —consulta intrigado.

Lo quedo mirado a los ojos y me arranca una sonrisa por su pregunta.

—*Pegajodida* —sonríe—, si me preguntas ahora mismo, la verdad no sabría que responderte. Siempre me gustó la historia, incluso antes de... —eso —, bueno desde que era niña, bastante niña, me gustaba ver los programas de Egipto, Mesoamérica, los Incas, en comparación a las otras niñas que veían Hanna Montana y esas cosas —asiente lentamente—, quizá algún día, pueda viajar hasta el mismo Egipto para ver las pirámides —comento, dando a conocer uno de mis sueños que tengo cuando finalice mi carrera.

—Es probable que puedas —sonríe—, aunque me alegro mucho saber que no te gustaba Hanna Montana —me saca la lengua y rápidamente niego con la cabeza—, que era ridículo que a la cabra chica no la reconocieran, solo porque usaba una peluca rubia.

—¿Conoces la trama? —inquiero asombrada.

—La verdad es que no —ríe quedamente—, tan solo que una vez salió en un episodio de *The Big Bang Theory*, y uno de los personajes, le explicaba al otro la trama.

—Ah, cuando Rajesh le cuenta a Sheldon, que Miley, usaba peluca rubia para ser una cantante de éxito mundial, y en su vida diaria, usaba su cabello castaño, pero era una chica normal que tenía los dramas típicos de adolescentes. Y Sheldon le dice, que como era posible esto, si eso era solo una peluca.

—Ja, ja —ríe—, creo que me encontré a una nerd.

—Supongo —me encojo de hombros—, aunque en realidad lo de la tecnología no es mi fuerte, así que infiero que no soy una real nerd —le saco la lengua y sonrío.

—Sí, tal vez tienes razón. Jamás pensé que te gustaba esa serie, pequeña Gin.

—Es que no me conoces —asevero, en realidad no conocemos casi nada el uno del otro y tal vez asumimos cosas que distan de la realidad.

—Sí, pero ya nos conoceremos. Además recuerda que te voy a enseñar a nadar para que luego, podamos montar las olas sobre la tabla de surf.

—No creo que sea necesario —niego con la cabeza—, recuerda que te dije, que miles de personas siguen con su vida a pesar de no saber nadar. Y yo soy una de esas.

—Tonterías —bebe un poco de su café—, cuando aprendas a nadar, pero más que nada cuando aprendas a subirte a una tabla, sentirás que tienes el mundo a tus pies y que no hay mejor experiencia que esa, bueno creo que solo lo podrías comparar con el sexo —y mis mejillas, se tornan de un rosa intenso por aquel último comentario.

—Comprendo —y es lo único que soy capaz de decir. Miro hacia adelante, porque ahora no me atrevo a mirarlo a los ojos, y más aún que no ha quitado su brazo de mis hombros.

—Pero quitando el sexo, creo que es la mejor experiencia que he vivido —retoma la conversación—, estoy seguro que luego que subas por primera vez a una tabla, no te podrás bajar nunca de ella, porque yo ya llevo casi cinco años, en que no hay mes que no me monté en la tabla, para surcar las olas de cualquier lugar, en que me lleve el Jeep y la bencina por supuesto.

—Tal vez —murmuro.

—Además, tendrás que hacerte tatuajes a juego.

—No me puedo hacer tatuajes —respondo rápidamente.

—¿Tienes miedo a las agujas? —pregunta burlonamente, y que más quisiera yo que solo fuera un tonto temor a las agujas.

—Es complicado —respondo escuetamente, mirando a las pocas

personas que están caminando a esta hora de la mañana—, ¿tienes tatuajes? — consulto por curiosidad, aunque la mayoría los tiene visible, pero no sé si tendrá en el abdomen o la espalda, ya que con las poleras<sup>[14]</sup>, no se pueden apreciar en clases.

—Tengo varios —comenta como si nada, pero tampoco indica cuales son los diseños, es obvio que está esperando que yo le pregunte, y una parte de mí cree que no es necesario, pero otra que si no lo hago, me quedaré con una gran duda que durará días o incluso semanas.

—Puedo saber qué cosas son.

—Mmm... —se hace el interesante por un momento lo que me molesta un poco que sea de esa forma—, podría, pero no lo haré —sonríe de lado, y me deja sorprendida de que no quiera compartir conmigo esa información. Si solo son tatuajes, tampoco es información confidencial de la PDI<sup>[15]</sup>. —Mira él es Monroe —señala con su mano libre a un quiltro<sup>[16]</sup> que está moviendo la cola, de un lado a otro al darse cuenta que el hombre, que lo señala es Samuel.

—Es un perrito de la calle.

—Sí y no —admite derrotado— Monroe, era la mascota de una anciana que murió hace un par de semanas. El problema es que esa mujer, no tenía más familia y al perro lo dejaron en la calle los administradores del edificio, supongo que para que cualquier persona se lo lleve a su casa o la gente que pasa por fuera, se apiaden de él y le den comida y agua.

—Oh.

—Sí, es una mierda —dice quitando su mano de mis hombros para encuclillarse y así poder acariciar la cabeza del perro, que a simple vista, es una mezcla de un poodle y un maltes, y debajo de toda esa suciedad, se aprecia un color negro azabache. —Qué más quisiera, llevármelo al departamento, pero mi hermano es alérgico a los pelos de los animales, así que solamente puedo venir a traerle agua y comida, cuando tengo tiempo.

—Qué lástima.

—Lo es —mientras le acaricia la cabeza, el perro rápidamente comienza a mover la cola de un lado a otro, porque es obvio que es feliz al recibir el cariño de Samuel—, espero que alguien lo adopte pronto.

—Esperemos que sí —respondo con sinceridad.

—Qué bueno que te pedí que me trajeras café y no un doctor, porque ahora mismo estaría muerto —habla un hombre a nuestra espalda, volteó mi rostro para saber quién es aquel desconocido. Y me encuentro con un hombre joven, o sea no como nosotros, pero debe estar cerca de los treintaicinco años, barba rubia oscura, prolijamente cuidada, cabello a ras, pero no calvo ni ese corte de moda, y unas gafas hispters que enmarcan unos ojos verdes.

—Lo sé —admite Samuel—, es que tu café se lo regalé a Gin —se yergue para colocar su brazo sobre mis hombros otra vez

—Ah, tú eres la famosa Gin —los ojos del desconocido, se abren de forma amplia, lo que rápidamente, me pone a la defensiva, ya que no entiendo, porque él me conoce.

—Idiota —murmura por lo bajo Sam, es obvio que no quería que yo lo escuchara—. Ella es Ginevra, Gin él es mi hermano mayor, Saúl.

—Hola —se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, rápidamente percibo el olor del mismo jabón que ocupa Samuel. —Al fin tengo el placer de conocerte.

—Gracias, creo —respondo extrañada—. Pero la verdad es que no sabía que me conocías.

—Sí supieras Ginevra —sonríe de lado y aparece el mismo hoyuelo coqueto que posee Sam, en realidad ambos hermanos, se parecen más de lo que se aprecia a simple vista y si Samuel se sigue cuidando como lo hace hasta hoy, es probable que cuando tenga la edad de Saúl se vea igual de atractivo.

—¿Qué tengo que saber? —Inquiero mientras comienzo a jugar con el vaso del café—, ¿Qué le dijiste a tu hermano? —pregunto en dirección a Samuel.

—Que somos compañeros.

—Podría decirse que eso ha dicho de ti —responde entre risas, lo que rápidamente me pone a la defensiva. ¿Qué cosas habrán hablado de mí este par? —Pensé que eras más alta.

—No es mi culpa que mida un metro y medio de estatura —murmuro algo avergonzada, sé que soy pequeña, pero tampoco quiero que todo el mundo me lo recuerde a cada rato, ya tengo suficiente con mis otros problemas

para más encima preocuparme por mi porte.

—No es que necesites ser más alta. Al contrario —vuelve a sonreír—, tan solo que —niega con la cabeza—. Por favor no me hagas caso, aún no tomo mi dosis diaria de café y creo que estoy desvariando.

—Okay —respondo extrañada—. Será mejor que los dejé solos, además se supone que iría a correr.

—Ah, es por eso que estás vestida de esa forma —sus ojos repasan mi cuerpo y siento como Samuel se tensa por aquel escrutinio, y no entiendo muy bien que cosa esta pasando, y lo mejor será que me vaya de aquí ahora mismo.

—Sí, bueno —titubeo por un instante—, pues yo ya me iba a correr. Samuel nos vemos en clases —y él quita su brazo de mi hombro con cierto pesar. —Un gusto conocerte Saúl —asiente mientras, salgo corriendo en dirección a mi departamento, no sé qué cosa pasó hace un instante, pero es obvio que Samuel, ha hablado más cosas de mí con su hermano, que solamente de mi estatura.

## 4. Samuel

—¿Tenías que venir a interrumpir? —pregunto molesto. Mientras veo como Gin, sale corriendo en la misma dirección en la que veníamos caminando.

—Perdón —responde mirando a Gin—, es que tenías razón, parece Campanita y más con esas calzas verdes y la cola de caballo alta que apenas, le toma su pelo rubio. No te creía en realidad —dice entre risas y no le encuentro nada de gracia en este momento. —Pero es una chica bastante linda, con razón me has hablado de ella desde hace tanto tiempo.

—Es linda, pero tiene algo más —murmuro. Mientras Monroe, se pasea entre mis piernas, desvío la vista hacia el can y me observa con esos expresivos ojos marrones—, no estoy seguro que cosa será. —Monroe —me acuclillo para acariciarle la cabeza—, prometo que te traeré a Gin otra vez —él perro jadea y ni idea si me está creyendo en este segundo.

—¿Vamos por un café? —dice Saúl, mientras comienza a estornudar. Estúpida alergia que tiene, solo por eso no me llevo al perro al departamento.

—Sí, vamos —termino de darle una última caricia al perro y salimos en dirección al Starbucks.

\*\*\*

Han pasado varias semanas desde que me encontré a Gin afuera de su departamento. Y hablar con ella, ha sido como si fuera una misión imposible. Cada vez que me trato de acercar, pareciera que ese radar que poseen las chicas se prendiera y desaparece como si fuera un maldito fantasma en un abrir y cerrar de ojos. Pero hoy sí o sí le saco una cita al cine o a cualquier lugar que se le ocurra ir.

Me siento al lado de ella, y antes que se pare, cruzo mi brazo sobre sus hombros para que no se mueva de este lugar.

—¿Qué quieres Samuel? —consulta una muy alicaída Ginevra. La observo de reojo y se ve más pálida de lo normal, y realmente pareciera que la atropelló un tren por lo apagada que se ve.

—¿Cómo estás? —contesto sin responder su pregunta.

—Bien —miente, mientras sus ojos parecieran idos.

—¿Trasnochaste anoche? —niega débilmente mientras su pequeña cabeza se apoya en mí. ¿Qué le pasó a la chica que siempre me rechaza? Porque la que tengo aquí es otra persona, totalmente diferente.

—No. Creo que tengo una gripe —murmura. —Tal vez me deba ir a casa, porque ahora mismo me siento demasiado enferma.

—¿Te llevo?

—Por favor —susurra.

—¿Crees que puedes caminar? —consulto mientras siento que por cada segundo se encoge aún más. Sé que eso no pasa, pero la noto demasiado frágil en este momento.

—Puedo, pero me puedes sostener —sus ojos se centran en los míos y los veo realmente rojos, es como si hubiese fumado mucha marihuana o leído por horas a través del computador anoche, para que se vean de esa manera hoy.

—Claro que sí —digo mientras la ayudo a pararse, no sé si son ideas mías, pero la siento más flaca. Acaso estará pasando por esos episodios de anorexia y bulimia como muchas chicas en estos tiempos. —¿Te llevo a la enfermería? —mientras comenzamos a caminar—. O podemos ir al hospital.

—No, a mi casa —murmura, mientras apenas puede caminar. ¿Cómo es que se enfermó tanto? Y si tiene otra cosa, y si es grave, realmente grave que necesite estar hospitalizada.

Comenzamos a avanzar hacia la salida de la U a pasos de tortugas y me doy cuenta que incluso le cuesta respirar normal, cosa que obviamente no es regular. Llegamos al Jeep, la tomo entre mis brazos y la subo al asiento delantero, y le pongo el cinturón de seguridad, le toco la frente con mis labios por instinto y está ardiendo literalmente y no por mí, específicamente como quisiera en realidad.

—Gin —le toco el rostro por un instante—, iremos al hospital.

—No es necesario —murmura. Bordeo el auto y me siento, abrochando el cinturón de seguridad. La quedo mirando y ahora mismo está tiritando, es imposible que la lleve a la casa sin que un médico la revise. Salgo del estacionamiento y corro en dirección al hospital más cercano de la U.

## 5. Ginevra

Abro los ojos y me doy cuenta que estoy acostada en la cama de un hospital. La cabeza me da vueltas y me fijo que tengo una aguja en la vena, conectada a un suero.

—Ginevra —es la voz de un hombre que me pone una luz en los ojos—, síguela por favor —la sigo con cierta dificultad—, ¿Cómo te sientes? —pregunta el mismo desconocido.

—Como si me hubiese pasado un camión por encima —respondo cansada.

—Bueno, supongo que es normal que te sientas así —dice escribiendo algo en una tabla metálica—, tuviste suerte que tu compañero te trajera urgentemente. Actuó justo a tiempo, si él se demora un poco más, ahora ni siquiera estaríamos hablando.

—Oh.

—Lo sé, te dio una neumonía que supimos tratarla a tiempo —responde dejando de lado la tabla para mirarme a los ojos por un instante. —Necesito que hablemos de algo, es la primera vez que te atendemos aquí. Pero —se aclara la garganta para retomar lo que me quiere decir, es obvio que debió descubrir mi enfermedad mientras estuve hospitalizada.

—Soy seropositivo —murmuro.

—Lo descubrimos mientras te hicimos unos exámenes, te hicimos el test de Elisa y arrojó que lo eras. Y...

—Dijeron los médicos que una persona nunca muere por ser seropositivo —lo interrumpo—, si no de cualquier enfermedad que ataque el organismo, desde un simple resfriado hasta una neumonía.

—Así es —asiente lentamente—, pero si te cuidas y sigues las indicaciones de los médicos, puedes vivir muchos años sin que el virus afecte tu diario vivir.

—Puede que sí, pero...

—¿Qué ocurre Ginevra? —me observa con tal compasión o quizás lástima que hace que se me encoja el corazón por un segundo. —Sé que es una enfermedad de la que a nadie, le gusta hablar realmente, pero —se aclara la garganta—, debes conversarlo con personas que puedan ayudarte.

—¿Usted habla de un psicólogo? —pregunto—. Créame que estoy viendo uno desde los diez años —respondo cerrando los ojos—. Sabe lo difícil que es aceptar que una padece una enfermedad, que es tan estigmatizada en pleno siglo XXI como es el VIH. Todo el mundo cree que te lo pegaste, porque eres una maldita promiscua, que te metiste con miles de hombres ya que básicamente, no supiste cerrar las piernas cuando la verdad es que no todos se la contagian a través de una relación sexual —lo último lo murmuro desganada.

—¿Qué pasó a los diez años? —pregunta, lo que provoca que abra los ojos y me conecte con los suyos, porque es obvio que escuchó lo que dije antes de despotricar sobre el virus en cuestión.

—Tuvimos un accidente junto a mi hermano mayor, íbamos caminando y un auto salió de la nada, nos arroyo a ambos, tan solo que mi cuerpo, fue el que salió más perjudicado, perdiendo mucha sangre. Llegue al hospital más cercano y tuvieron que hacerme transfusiones de sangre —asiente lentamente—, el asunto es que la sangre estaba contaminada.

—Comprendo —aunque su rostro demuestra que no esperaba esa respuesta y tal vez pensó que fui víctima de alguna violación infantil, contagiándome el virus como sé que ocurre con muchos niños hoy.

—Sigo sin entender como ocurrió ese gravísimo error por parte de hospital, pero el asunto es que soy seropositivo siendo aún virgen. ¿Irónico cierto? —pregunto con sarcasmo lo último, mientras veo una silueta detrás del médico, miro de reojo y me doy cuenta que es Samuel, que ha estado detrás del médico, quizá desde cuándo y tal vez escuchó todo lo hemos hablado con el doctor.

Él médico se da cuenta que algo ocurre a su espalda, se voltea y puedo vislumbrar el rostro de Samuel que tiene los labios apretados y sus ojos más abiertos de lo normal.

—Joven, usted no debería estar aquí —dice seriamente el médico—, estábamos teniendo una conversación privada con la señorita.

—No quise —dice torpemente, saliendo de la habitación sin decir una palabra más.

## 6. Samuel

Seropositivo. Seropositivo. Seropositivo.

Es la palabra, que me ha rondado desde que salí de la habitación donde está hospitalizada Ginevra. Campanita, la mujer que brilla con luz propia, tiene una jodida enfermedad venérea, ¿Cómo es posible que le haya ocurrido eso?

—¿Samuel Hardy? —pregunta la voz de un hombre. Levanto la vista y me encuentro con el médico que me pidió que saliera de la habitación de Gin hace rato.

—Sí —asiento rápidamente. Y no sé por qué mierda me siento como si estuviera al frente del director del colegio, luego de haber roto la ventana de la sala de informática cuando iba en octavo básico.

—¿Podemos hablar? —inquire. Haciendo que trague saliva con cierta dificultad, porque sé que esa conversación será *heavy*<sup>[17]</sup> y no es que no esté preparado para ella, pero siento que será una que cambiara mi vida para siempre.

—Claro que podemos —respondo mientras siento la garganta cerrarse de repente.

—Vamos a tomar un café —avanzamos en silencio, a lo que deduzco, es el box donde atiende a sus pacientes, porque sin duda no es la cafetería del hospital y tampoco es un quiosco de los que venden comida. Abre la puerta que estaba cerrada con llaves y me hace entrar a un lugar bastante sencillo, con un escritorio, sillas para él y los pacientes, una camilla, y un lavamanos que encima de éste, tiene jabón en un gran dispensador, pero en realidad el lugar es el más impersonal que he visto alguna vez.

—Samuel —señala la silla para que me siente, mientras él bordea el escritorio y se sienta al frente de mí—, entiendo que no sabías que Ginevra era seropositivo —asiento lentamente—, es obvio que no deberías, haber escuchado esa conversación que tenía conmigo, porque estábamos hablando de

doctor a paciente de forma privada —trago saliva con dificultad—, pero ahora quiero advertirte que hay ciertas cosas que no se deben ventilar en los pasillos por así decirlo.

—Si me quiere decir, que no le diga a nadie que Gin tiene Sida...

—No —me interrumpe—, es que ella no tiene Sida —asevera.

—¿Cómo que no tiene Sida? —respondo realmente confundido, porque los vagos recuerdos que tengo de biología en la enseñanza media, eran que ser seropositivo es tener Sida, o quizás lo esté, confundiendo con otra cosa en este momento.

—Te lo trataré de explicar de la manera más simple, sin tanto tecnicismo de médicos, porque realmente no entenderías nada si te lo digo de esa forma —asiento lentamente, para que sepa que capto lo que me quiere decir en este momento—. Pero Ginevra es portadora del virus del VIH, pero no tiene Sida.

—Eso quiere decir...

—Que ella puede contagiar el virus a otra persona, pero sin la necesidad que se le desarrolle la enfermedad como tal.

—Creo entender —respondo, mientras apenas soy consciente que Gin, padece un virus de mierda. —Pero si ella tiene relaciones con protección, estamos hablando de preservativos femeninos —me acerco más él—, existe la posibilidad que su pareja sexual no sea contagiado.

—En estos casos, se recomienda que ambos ocupen preservativos, o que el varón ocupe doble preservativo solo para minimizar los riesgos de contagio —asiento lentamente, porque es probable que si yo fuera su compañero sexual siempre usaría condón, incluso sin saber que ella es seropositivo, hasta después de entregarnos nuestros exámenes respectivos, para estar seguros que no nos pase nada malo por no cuidarnos como era debido.

—¿Y podrá ser madre? —pregunto sin saber muy bien si quiero saber esa respuesta en cuestión.

—Bueno —entrelaza sus manos, apoyándolas en la mesa del escritorio —, digamos que ella podría quedar embarazada, si no tiene ninguna complicación para estar encinta, pero su hijo o hija será portador del virus de

todas maneras, independiente de que durante el embarazo el virus no esté activado.

Asiento lentamente, tratando de procesar todo lo que me está diciendo. O sea que un hijo biológico de ella de todas maneras, tendrá el virus, porque eso es lo que estoy entendiendo en este momento.

—¿Y qué pasa si el virus está activado? —mientras pasan por mi mente pequeños niños rubios, de ojos claros idénticos a ella que se esfuman de pronto.

—Sí el virus está activado mientras ella está en gestación, el bebé, nacerá con VIH o sea que tendrá Sida y de ahí ya no sé puede hacer nada más que tratarlo durante toda su vida con la enfermedad en cuestión.

Me quedo en silencio, apenas y asimilando todo lo que me está diciendo, entonces Campanita no podrá ser mamá biológica nunca realmente, ¿Por qué la vida es tan injusta con las personas? Es que esto es una jodida broma por parte del destino, porque no tiene otra explicación lógica.

—Samuel —él médico me trae al presente—, lamento ser el portador de estas noticias, pero creo que sientes una verdadera atracción por Ginevra, por algo no te has despegado de ella durante todos estos días —suspiro cansadamente, al darme cuenta que él tiene razón, creo que ya llevamos tres días aquí adentro, y Saúl con su novia, me han hecho relevo solamente para poder ir al departamento y darme una ducha, cambiarme de ropa y venir otra vez a acompañar a Campanita—, a veces los médicos, pecan de ser buenas personas y omitirles información valiosa a las parejas sexuales de sus pacientes, pero créeme que estando en tu situación me gustaría saber cuáles son las verdaderas consecuencias de estar con una persona seropositivo.

—Se lo agradezco —murmuro—. Aún me cuesta asimilar que Gin sea seropositivo.

—Lo entiendo, es una chica muy dulce, pero el destino le jugó una mala pasada. Son esos casos que parecen sacados de países en que sus políticas públicas con respecto a la salud, aún están en vías de desarrollo —asiento lentamente. —Pero haciendo memoria mientras iba caminando hacia tu encuentro, recordé que hace una década atrás, hubo un caso muy bullado en Santiago, en el que una menor había sido contagiada del virus por un error del banco de sangre del hospital, recuerdo que el hospital indemnizó a la familia

con mucho dinero e incluso el director del establecimiento, tuvo que renunciar a su cargo por tan gravísimo error.

Apenas asimilo todo lo que me está diciendo en este minuto.

—Hace diez años atrás, tenía recién doce años —comento—, somos de Concepción y sinceramente nos aburrían las noticias de Santiago y su centralismo como tal, así que casi nunca las veíamos, es probable que no nos hubiéramos enterado de algo.

—Tal vez —asiente lentamente. —Samuel, si bien yo no soy él médico tratante de Ginevra y apenas la conozco, uno sabe cuándo una persona está siendo sincera o está mintiendo y sé que ella no lo hace en este minuto. Es por eso que me atrevo a tomarme esta licencia y hablarte más como un amigo que como doctor, está conversando con un familiar o tutor responsable de algún paciente —aprieto los labios—, no la hagas sufrir, ella ya lo ha pasado mal para que un joven juegue con sus sentimientos.

Sus palabras se sienten como un duro golpe en el estómago, ¿Por qué alguien jugaría con Campanita? Entonces por eso es la reina del hielo, y tiene esa barrera para que nadie se acerque a ella, y la lastime de tal manera, ya que jodidamente, se rompería aún más de lo destrozada que se siente ahora.

—Sí, tendré en consideración todas las cosas que me ha dicho — respondo estrechándole la mano. Salgo del box siguiendo mis pasos hacia Ginevra que está con la mirada perdida hacia la ventana.

## 7. Ginevra

Siento la presencia de alguien en la puerta, giro el rostro y me encuentro con Samuel, pensé que luego que se enterara de mi vergonzoso secreto, se iría de aquí sin mirar atrás, pero veo con una sonrisa de lado, mirándome con esos ojos verdes, que me transportan al Lago de Todos Los Santos.

—Hola —murmuro.

—Hola —camina en mi dirección y posa su mano sobre mi brazo pálido—, ¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—Lo sé, llegaste hirviendo en fiebre hace días atrás. Y tú que querías ir a tu casa, ni siquiera sé qué cosa te pudo haber pasado ahí, estando sola.

—El médico dijo que tuve suerte —admito.

—Más que suerte —se queda en silencio y sus ojos claros, se posan en los míos—, Gin, no tenía el teléfono de tus padres y tenías bloqueado el celular y Miranda, tampoco, tenía los contactos de tus viejos, así que no les pude avisar que estuviste hospitalizada, supongo que sería bueno que hablaras con ellos para decirles que terminaste en el hospital.

—Lo haré —trato de sonreír—, te tengo que dar las gracias —poso mi mano sobre la suya—, por lo que hiciste por mí en la U, ni siquiera sé si alguien se hubiera dado cuenta que estaba bastante mal, y...

—Tonterías, cualquiera se hubiera dado cuenta que estabas muy enferma y a punto de desmayarte.

—No —niego tristemente. —En la U soy invisible, ni los profes me recuerdan realmente.

—No eres invisible —murmura—, tan solo que eres precavida, que es muy diferente.

Nos quedamos en silencio sin saber muy bien que cosa debemos decir, acaso Samuel me ve con lástima o quizá con asco, luego de que se enterara,

que soy seropositivo.

—Ginevra —se aclara la garganta—, me gustaría que fuéramos amigos de verdad, no tan solo compañeros de curso o de carrera, como lo hemos sido hasta ahora.

—¿Amigos? —pregunto aturdida, desde las últimas semanas pensé que tenía una especie de atracción por mí, pero es obvio que ahora no soy material de polola, o sea nadie le gustaría estar con alguien como yo.

—Quiero ser más que tu amigo —murmura, lo que me hace abrir los ojos más de la cuenta, no esperaba que él dijera eso en este momento—, pero no te puedo obligar a nada en este instante, es obvio que tú no estás preparada para algo más serio y aunque quisiera decirte que tú serás mi mujer, pensarías que estoy actuando por lástima. Y créeme, no quiero comenzar una relación contigo a base de ese sentimiento por parte tuyo.

—Sam —trago saliva con dificultad—, no deberías insistir, podemos ser amigos incluso mejores amigos, si se da la instancia, algún día ser la madrina de tus hijos —sonrí tristemente—, pero la verdad es que no...

—Así que pensaste que podríamos tener un hijo —sonríe de lado lo que provoca que me encoja de hombros avergonzada—, créeme Gin, que desde que te conocí, hace cuatro años, supe que tú serías la madre de mis hijos, pero...

—Sabes que mi descendencia será seropositivo o incluso padecerá de VIH —lo interrumpo.

—Lo sé, tampoco soy un maldito egoísta al hacerle eso a un hijo nuestro.

—Samuel somos jóvenes, y encontraras a una chica que no tenga una tonta enfermedad y podrás tener hijos sanos y hermosos de grandes ojos verdes que podrán ser surfistas o historiadores o lo que ellos deseen. Pero...

—Ginevra Jones —quita su mano de mi brazo para colocarla suavemente en mi rostro para girarlo en dirección al suyo—, vamos por parte. Primero seamos amigos, luego veamos si tú quieres o te sientes realmente atraída por mí, aunque yo creo que esa parte la deberíamos saltar —me arranca una sonrisa sincera—, pero demos tiempo al tiempo. Ahora las noticias están demasiado frescas y quiero que te sanes bien, conocernos más de lo que nos hemos tratado y quizá hacerlo todo de una mejor manera.

—Me gustaría ser tu amiga —confieso.

\*\*\*

—Gracias Saúl por dejarme quedar en tu casa hoy —comento sentándome con ayuda de Samuel en el sofá del departamento de ambos, él sonrío discreto por mi agradecimiento, observando como su hermano esta en el rol de enfermero desde que salimos del hospital hasta su hogar.

—No tienes nada que agradecer, además sé que vives sola y sería mucho más fácil que dos personas, estuvieran pendientes, estando en el mismo sitio físico, que por un par de metros de distancia.

—Es que no quería molestarlos —respondo avergonzada, mientras Samuel coloca una manta sobre mis piernas—, además supongo que tienes que preparar algún caso.

—Sabes que soy abogado —responde sorprendido.

—Samuel me contó que su padre y su hermano mayor lo habían persuadido para que estudiara leyes —Sam sonrío discreto por mi comentario, mientras Saúl abre la boca pero la vuelve a cerrar.

—Lo hicimos, pero este cabro chico siempre quiso estudiar pedagogía en historia en la PUCV, no había otra carrera u otra universidad que lo llamase como el canto de una sirena, y mira que con mí viejo, hicimos todo lo posible para convencerlo y que eligiera otra.

—Jamás hubiera conocido a Samuel, si él hubiese estudiado en otra universidad —murmuro, dándome cuenta que en realidad jamás, nos hubiésemos conocido por no haber sido compañeros de carrera y de U.

—Tal vez, aunque los académicos de historia siempre se conocen en seminarios y congresos. Y por si fuera poco, podríamos haber coincidido en algún colegio como colegas.

—Quizá —sonrío tímidamente, mientras él hermano mayor de Samuel, me observa como si fuera una especie de joya inalcanzable o tal vez sea una mala metáfora para definir el extraño escrutinio que tiene sobre mí. Acaso Sam le confesó mi secreto. ¿Será posible eso?.

—El médico dijo que debías tomar vitaminas —comenta Samuel, apartándome de mis pensamientos—, así que mi hermano mayor se tomó la decencia de comprarnos naranjas para que bebas jugo natural y los complementos con los remedios que te han dejado.

—Oh, no es necesario —murmuro avergonzada.

—Queremos cuidarte —toma la palabra Saúl—, estas sola aquí a miles de kilómetros de distancia de tus padres y nosotros podemos hacerlo. Es más, siempre quise tener una hermanita, pero mis viejos me dieron esto — señala con cierto desdén a Samuel que se ha sentado a mi lado, negando con la cabeza de un lado a otro, con una sonrisa de lo más burlona—, y aunque me gusta tener a este cabro chico como hermano, igual me hubiese gustado tener una hermanita para cuidarla.

—Oh, que eres lindo —Saúl sonríe ampliamente y deja en evidencia sus líneas de expresión alrededor de los ojos.

—Pero no tanto como yo —interviene Samuel, dándome un sonoro beso en la frente—, además es un viejo.

—¡Ja! ni tanto —responde graciosamente Saúl—, pero no te preocupes por mí, siempre te veré como a una hermanita, además mi novia me castraría si me fijo en Campanita.

Abro los ojos más de la cuenta, al recordar que una vez Samuel, me dijo de esa manera, es obvio que él ha hablado mucho de mí en estos años con su hermano mayor.

—Saúl —el tono de voz de Sam es de verdadera advertencia, como si no pudiera decir o más bien comentar nada al respecto. —En este momento Gin y yo, somos solo amigos.

—Sí, claro —responde con una sonrisa de lado, lo que en mi fuero interno hace que sienta cierta emoción por las palabras de Samuel—, yo solo digo que por muy bonita que sea Campanita —se sienta al frente mío—, mi corazón está ocupado por una mujer que si la dejo me cortaría las bolas.

Abro la boca de la impresión causada por sus palabras, acaso su novia es celopata.

—No Ginevra —ríe a carcajadas—, Claudia, es la mujer más pacífica que he conocido en mi vida. Tan solo que eres muy pequeña para mí, y no

hablo de tu porte —y mis mejillas, se tornan en un rosa intenso—, tan solo que eres de...

—Somos amigos —lo interrumpo.

—Claro. Son amigos —sonríe de lado. —Creo que iré a comprar unas cosas al supermercado. Y siéntete como si fuera tu casa —guiñe en mi dirección, se levanta del sofá dejándonos a solas en su departamento.

—Eso fue incómodo —comento.

—Lo siento —dice Samuel, llevándose su cabello hacia atrás—, y más que te haya dicho Campanita, sé que no te gusta que te digan así.

—Es que pareciera que hablas mucho de mí con él —digo entrelazando mis dedos sobre la manta—, es como si el supiera que yo...

—No sabe nada de lo que habló el médico y lo que hablamos nosotros, tan solo que él sabe que no se puede acercar a ti, porque tengo la intención de que algún día nosotros podamos estar juntos, y que seamos más que amigos.

—Entonces no sabe nada —murmuro.

—Por supuesto que no —responde ofendido—. Es tu vida privada, creo que no debería contar algo que solamente te pertenece a ti, es probable que si yo no hubiera escuchado al médico tampoco habría sabido que padeces eso.

Nuestros ojos se conectan por un instante y me veo reflejado en los suyos. Y es como si él me viera tal cual soy, y que no le importara lo que corre por mi organismo.

—¿Por qué eres bueno conmigo? —me atrevo a preguntar en un susurro.

—Porque mereces ser tratada con respeto y cariño. Lo que te pasó, es una mierda —su mano acaricia lentamente mi mejilla—, una jodida mierda, pero no dejes que esa enfermedad te consuma, no la dejes ganar —y pareciera que sus pupilas se dilatan—. Quizá te has sentido sola, porque tenías temor de compartir tus miedos y aprensiones. Y créeme que te entiendo, la mayoría de las personas no andan con un cartel de neón, diciendo que son seropositivo o tienen VIH. —Pero estoy seguro que necesitas volver a reencontrarte.

—¿Reencontrarme? —inquiero confundida—. ¿Cómo se supone que haré eso?

—Lo iremos viendo en el camino. Yo tampoco sé cómo lo podremos hacer, pero iremos aprendiendo día a día —y siento que sus palabras son tan sinceras, que lo abrazo fuertemente.

—Eres bueno Samuel, mereces que te vaya bien en la vida.

—Merecemos —me acaricia la espalda, mientras escuchamos que la puerta se abre, nos separamos de nuestro abrazo, y me fijo que Saúl, sonrío al darse cuenta que estábamos un poco más cerca de cómo nos había dejado hace rato atrás.

—Lo siento —dice cerrando la puerta—, es que se me quedó el celular —lo va a buscar a la mesa del comedor—, y...

—No te preocupes —respondo secándome las mejillas—, es tu casa —se encoge de hombros—. Y en realidad la única intrusa soy yo.

—¡Que va! —niega con la cabeza—. Eres Campanita —sonrío—, no digas más esas cosas, al contrario, solo quiero o más bien, queremos que estés cómoda con nosotros, además creo que ahora que son amigos con Samuel, pasaran muchas noches estudiando —aprieto los labios, porque la verdad es que no sé qué responderle en este minuto.

—Es obvio, que pasaremos muchas noches estudiando —dice Samuel entrelazando nuestras manos—, pero quizá lo hagamos en su departamento.

—Será mejor que los dejé solos —responde, riéndose a carcajadas mientras le revuelve el cabello a Samuel, antes de salir del departamento.

—Creo que mi hermano está disfrutando esta situación —comenta elevando nuestras manos, es imposible no fijarse que su mano es mucho más grande y bronceada que la mía y es obvio que se debe a todas esas horas que práctica surf. —Nunca me había visto en plan serio alguna vez con alguna mujer.

—Entonces es verdad las cosas que dicen de ti —nuestros ojos se conectan y rápidamente se quiere poner serio, pero una sonrisa le aparece de pronto.

—Digamos que he sido algo promiscuo —responde llevándose su cabello hacia atrás y me he dado cuenta que ese gesto lo hace bastante seguido

—, supongo que he disfrutado de los placeres más que la mayoría.

—Entiendo —murmuro.

—Sí, pero nada relevante en realidad, sé que no debería decir estas cosas, cuando quiero que me veas como el mino ideal, pero es necesario que sepas que he tenido una vida sexual activa desde los quince años —que joven —, y aunque no lo creas, siempre me he cuidado, nunca he tenido sexo sin condón.

—¿En serio? —inquiero sorprendida. ¿Cómo es posible que un hombre nunca haya tenido sexo sin condón?

—Mis viejos nos enseñaron de muy niños, las consecuencias de tener relaciones sin preservativos, ellos no querían que sus hijos fueran padres por una calentura de adolescente —asiento lentamente para que sepa que estoy asimilando todo lo que me está relatando—, así que apenas, comenzamos a salir con amigas y compañeras de curso, nuestro papá, nos acompañó a comprar preservativos a la farmacia.

—¡Wow! —es lo único que me atrevo a decir.

—Sí. Y como hablar de sexo, era tan normal conversarlo en casa, mamá nos aconsejó que independiente que la chica, estuviera tomando pastillas anticonceptivas no aseguraba nada en realidad.

—Hablas de las ETS.

—Sí —aprieta los labios—, nos aconsejó que siempre ocupáramos preservativos, y en el momento que supiéramos que era la correcta y solo si ella estuviera de acuerdo, dejáramos de lado la protección, porque estaríamos juntos de por vida.

—Es increíble tu mamá o más bien tus padres. Que los aconsejaran a este nivel —se parece mucho a lo que mis padres me hablaron, tan solo que a diferencia de él, a mí me lo decían para no contagiar a nadie más.

—Sí, se los agradezco, tuvimos suerte que estos temas se hablaran de esta forma en la casa, así que si te confieso que no tengo nada de nada.

—Tienes suerte —trato de sonreír.

—Claro que no tengo suerte, eso se llama ser precavido que es algo muy distinto, estoy seguro que si no hubiese sido así de riguroso, me hubiera

pegado cualquier cosa por mínima que fuese.

—Pero yo...

—No es lo mismo —se queda en silencio por un instante—. Cuéntame que fue lo que te pasó.



## 8. Samuel

—Creo que oíste parte de la conversación que tuve con el médico en el hospital —dice mientras nuestros ojos se conectan otra vez.

—En parte, pero era una conversación que no debí haber escuchado, y ahora quiero que me la cuentes tú, como deseas relatarla.

—Hace diez años, con mi hermano mayor íbamos caminando por la berma, y de la nada, apareció un auto que nos arroyó a ambos, pero la que salió más perjudicada fui yo. —Perdí mucha sangre, y los médicos apenas lograron salvarme, porque tenía varios de los órganos comprometidos, no sé si fue un milagro de Dios o el Ángel de la guarda que intercedieron, pero me salvé, me quedaron muchas cicatrices en mi estómago y algunas en la espalda. —Pero lo peor fue cuando a mis padres, los llamaron del hospital a las semanas que me habían dado el alta, mis viejos pensaron que creyeron que revotaron los cheques que habían dejado para que me atendieran de urgencia el día del accidente.

Se queda en silencio por un par de segundos para darse el valor de revelar lo que vivió en ese entonces, y solo saber que una niña de diez casi once años de edad, me dan ganas de romper la muralla, porque no merecía pasar por esto. ¡Maldita sea, Campanita no lo merecía!.

—Nos recibió el director del hospital, ni siquiera estaban los médicos que curaron de mi cuerpo durante todas esas semanas —suspira cansadamente—. Y aquel hombre anciano, que había salvado miles de vida seguramente en todos sus años de ejercicio como médico, confesó que hubo un error en las transfusiones de sangre, y que por descuido, estupidez o lo que sea de un asistente o de alguien que trabajaba en el banco de sangre, codificaron mal una de estas bolsas.

—Pero, eso no ocurre en pleno siglo XXI —digo consternado.

—Ocurre o al menos a mí me ocurrió.

—Oh, Gin —la atraigo a mi cuerpo—, No puedo creer que vivieras algo así a tan temprana edad.

—Lo sé, parece una broma de mal gusto. Luego todo ocurrió bastante rápido, mis padres demandaron al hospital y la institución nos indemnizó con mucha plata —asiento lentamente al comprender que se puede permitir todos estos gastos académicos y residenciales, debido a la gran compensación que recibió por parte del hospital o quizá por parte del Estado hace años atrás. — El director, el jefe de servicio del banco de sangre y las personas que estuvieron metidas en aquel desastre de las bolsas, fueron desvinculadas pero...

—Nada de esas cosas que sucedieron después te iban a devolver ser una niña sana.

—Cierto —responde desganada—, el hospital corrió con todo el costo del tratamiento y constantemente, debo ir a hacerme chequeos para ver cómo va todo conmigo, ya que con solo un mínimo resfriado mi organismo, no es capaz de defenderse como una persona sana y si no es tratado con los medicamentos y atención médica necesaria incluso podría morir.

—Entiendo.

Entrelazo nuestras manos y nos quedamos mirando a los ojos por un segundo.

—Entonces, ¿nunca has estado con alguien? —y sé que es una pregunta fuera de lugar, pero tampoco se me ha olvidado lo confesado al médico, el otro día que eras una seropositiva virgen aún.

Niega con la cabeza, lo que me hace acariciar sus labios suavemente.

—Porque creías que ese hombre en cuestión te iba a juzgar por lo que tienes —asiento lentamente. —Pero tú no tienes la culpa de lo que te pasó, o sea los únicos culpables, fueron las personas que confundieron las bolsas de sangre.

—Lo sé, pero nadie me creería —admite mientras una lágrima solitaria, desciende por su mejilla lentamente.

—Yo te creo —respondo rápidamente—, es más estoy seguro que cualquier persona que te haya tratado por más de una hora, sabría que estás diciendo la verdad, que eres inocente de toda culpa.

—Pero nadie va a querer estar conmigo. O más bien yo no sé si quisiera estar con alguien —susurra mientras le acaricio la mejilla.

—Te puedo hacer una pregunta —asiente lentamente—, lo que le dijiste al médico, que eres virgen. ¿Es verdad? —Sus mejillas se tiñen de un rosa intenso, pero no contesta nada—, y es porque tienes miedo de contagiarlo —respondo lo que sin duda es lo que le ronda por la cabeza. —Entiendo que tengas aprensiones, supongo que cualquiera en tú lugar las tendría.

—No podría soportar que a la persona que quiero se contagie por mi culpa.

—Era lo que suponía —respondo mientras mis labios, se acercan a los suyos y los presiono suavemente, no tengo que sumar uno más uno para descubrir que Ginevra nunca ha estado con un hombre realmente, maldición estoy seguro que soy su primer beso.

—¿Me besaste? —dice mientras nos apartamos lentamente. Ella se toca los labios y pareciera que no cree lo que está ocurriendo en este minuto.

—¿Te molestó? —pregunto acariciando su mejilla suavemente.

—No lo sé...

—Gin —la atraigo a mi cuerpo y la abrazo fuertemente—, iremos paso a paso.

\*\*\*

—¿Qué te pasa Sam? —inquire Saúl sentándose a mi lado con dos coronas, entregándome una ya destapada—. Echas de menos a Campanita, porque yo también la extraño —comenta bebiendo un poco de cerveza—, esa chica tiene algo que la hace querible.

—Sí, la echo de menos —admito mirando el líquido amarillo de la chela—, pero entiendo que quería estar sola en su departamento, luego de una semana rodeada de nosotros.

—Tal vez exageramos un poco —comenta encendiendo la televisión, dejando un partido de fútbol de la liga inglesa—, es que la vi demasiado enferma, hasta pensé que no debieron haberle dado el alta del hospital.

—Es que no estaba sana del todo —comento mirando la pantalla, pero en realidad no la estoy viendo, porque pienso en como Campanita ha estado

alrededor nuestro en estos últimos días y pareciera que ella siempre vivió en este departamento, porque se supo ambientar fácilmente desde el día uno.

—Entiendo —dice bebiendo cerveza.

—Saúl, ¿podemos hablar? —pregunto mientras miro la botella de vidrio

—No se supone que eso es lo que estamos haciendo ahora —se burla de mí.

—Por favor —corro mi rostro y nuestros ojos se conectan—, es algo serio.

—¿Serio? —pregunta dejando en silencio el partido de fútbol para prestarme atención real—, ¿Qué pasa Sam?

—Te acuerdas de todas las conversaciones que tuvimos con nuestros padres, respecto a las ETS —asiente lentamente—, y como los viejos nos enseñaron a cuidarnos desde mucho antes que perdiéramos nuestra castidad por así decirlo.

—Lo recuerdo —dice extrañado—, ¿Qué ocurre Samuel? No me digas que...

—No —niego rápidamente con la cabeza—, no me he pegado nada —aún. —Tan solo quería saber, si Claudia tuviera alguna enfermedad venérea —frunce el ceño por mi suposición—, igual querrías estar con ella.

Se queda en silencio por un par de segundos, porque es obvio que debe estar pensando la pregunta y que cosa haría en caso de estuviera en esa situación.

—Es una pregunta bastante difícil —admite mirando la corona que tiene en las manos—, sería como traicionar todo lo que nos enseñaron los viejos, pero si ella me hubiera dicho desde el inicio de nuestra relación que padecía alguna ETS, seguramente no estaría con ella.

—¿En serio? —contesto desconcertado al saber que él jamás, hubiera estado con Claudia a pesar de confesarle que padece una enfermedad venérea desde un comienzo.

—Sí —se encoge de hombros—, al menos que haya sido contagiada producto de una violación o que sus padres, la hayan contagiado durante su

concepción, pero si fue porque un ex le dijo que no era necesario, usar preservativo porque estaba más sano que un yogurth natural y tuvo sexo y no se cuidó, creo que no podríamos estar juntos.

—Comprendo —murmuro mientras bebo de un trago la chela.

—Puedo saber por qué preguntas esto —consulta, mirándome seriamente.

—Porque eres mi hermano, y si no hablo estos temas contigo, supongo que todas las cosas que nos enseñaron los viejos de tenernos confianza, no servirían de nada en este momento de nuestras vidas.

—Entiendo —comenta acariciándose la barba—, ¿pasa algo con Ginevra? —dice seriamente mientras mi instinto indica que debería confiarle por lo que está o más bien estoy pasando por no saber qué debo hacer realmente con ella, pero el cariño que siento por Campanita, me señala que no se lo tendría que contar por mucho que sea mi hermano mayor y porque siempre, hemos hablado estos temas, y quién soy yo para al final del día ventilar algo así de importante y delicado respecto a su salud.

—Nada —sonrío bebiendo el resto de cerveza.



## 9. Ginevra

Han pasado semanas desde que salí del hospital, y desde entonces soy muy amiga con Samuel y Saúl. La mayoría del tiempo Sam me jala de la mano, me mete al jeep y vamos al departamento que comparte con su hermano, para pasar la tarde echados en el sofá, viendo series o películas en Netflix. Luego aparece su hermano vestido con esos trajes de tres piezas como los que usa Neal Caffrey<sup>[18]</sup> y parece que me idiotizara por un par de segundos, luego sale de su habitación con jean y camiseta, dejándolo de ser inalcanzable para ser uno más de nosotros.

Los hermanos Hardy son lo mejor que me ha pasado en años. A pesar de que Samuel dijo que no iba a intentar nada conmigo, cada vez que puede me acaricia la mano, el hombro, la cintura o cualquier parte de mi cuerpo que parece segura, lo que ha provocado ciertos rumores en la U con mis compañeros diciendo que ya somos pololos<sup>[19]</sup>, cosa que aún no es cierta por lo menos por parte mía, pero quizá que cosa dirá Sam a los demás.

—Pensé que éramos amigas —dice Miranda sentándose al lado mío.

—¿Por qué dices eso? —pregunto confundida, dejando los apuntes de lado para prestarle atención, aunque sinceramente dejé de entender lo que leía desde hace rato, pensando en Samuel y como me ha tratado durante las últimas semanas.

—Porque me debía enterar por ti, que dejarte sola la otra vez con Samuel, había sentado las bases para que ahora sean pololos.

—No somos pololos —respondo seriamente.

—Eso no es lo que está diciendo toda la gente, es más Samuel tampoco lo ha desmentido —afirma lo último.

—Supongo que tendré que hablar con él —murmuro, porque se suponía que no me iba a presionar, pero al parecer lo está haciendo de todas maneras al no desmentir que en realidad solo somos amigos y que pasamos mucho tiempo juntos, pero que somos solamente amigos al final de la noche.

—¿Entonces? —su sonrisa se amplía lentamente—, ¿Qué son?

—Amigos —su sonrisa se desvanece de golpe.

—Solo amigos —comenta esperanzada como esperando que le diga que somos amigos con derechos o alguna cosa parecida. —Yo creo que son más que amigos. ¿Se besaron? —pregunta emocionada, lo que me hace rodar los ojos.

—Me dio un beso —admito, pero eso fue hace semanas, el día que le confesé la verdad, y solamente quedó en un dulce beso sin mayor avance, seguramente porque esperaba respetar mis tiempos, o al menos que le haya dado asco besarme y no lo quiso admitir en ese minuto y solo me quiere como su amiga, lo que también es válido desde cualquier punto de vista.

—¿Un beso?

—Sí... —respondo desganada. —Pero...

—¿No te gustó? —inquire desconcertada.

—Sí, creo que me gustó. Tan solo que... —suspiro—, no sé qué pasa por su cabeza, creo que le gustó.

—¿Crees? —Consulta irónicamente—, Samuel tiene solo ojos para ti desde hace semanas, él te mira y pareciera que estuviera viendo a una estrella de Hollywood caminar al frente suyo.

—No me he dado cuenta de eso —me sincero.

—Porque vives dentro de tu propia burbuja, pero deberías darte cuenta que ese hombre pisa el suelo por el que caminas y que todas las mujeres, pasamos a segundo o quizá tercer plano en su vida.

—¡Vaya! —es lo único que me atrevo a decir, mientras viene caminando Samuel con Sofía, no puedo evitar sentir ese amargo sabor en la boca al verlos juntos. Se supone que él deseaba tener algo conmigo, o quizá solo han sido suposiciones por parte mía, se acerca más a nosotras, despidiéndose de un asentimiento de cabeza de la pelirroja, dejándola seguir de largo mientras se sienta a mi lado, cruzando un brazo sobre mis hombros, remuevo mi cuerpo porque no quiero que me toque.

—¿Algún problema? —consulta confundido, Samuel que me mira como si ahora tuviera dos cabezas.

—No —respondo escuetamente mientras giro mi cabeza en dirección

de Miranda que ya no está. ¿En qué minuto se levantó? ¿Y por qué no me avisó?

—¿Qué te pasa? —pregunta Sam, tomando mi mano, rápidamente la quito de un manotazo. —Ahora sí, dime que cosa te pasa, te estas comportando raro, más de lo normal —dice cruzando su pierna para golpear con los dedos la base de su zapatilla.

—Pasa, que estoy bastante cabreada contigo —espeto molesta.

—¿Y puedo saber por qué? —y de repente le asoma una sonrisa de lo más burlona lo que hace que la chucki que llevo por dentro esté a punto de explotar.

—Quieres que te haga una lista —respondo seriamente.

—Ilumíname.

—No estas desmintiendo que estamos saliendo juntos con nuestros compañeros —se muerde el labio inferior—, y por si fuera poco, te paseas al frente de mis narices con Sofía —respondo aferrando fuertemente mis apuntes.

—¿Qué significa eso? —pregunta y me dan ganas de gritarle que es un idiota si no sabe que significa, inhalo y exhalo un par de veces para tranquilizarme y responderle civilizadamente.

—Si estás diciendo, que estamos saliendo juntos, se supone que no deberías estar paseándote con Sofía —digo derrotada.

—Me dices que tienes celos de Sofía.

—Todas las chicas sienten celos de esa pelirroja —murmuro—, es alta, hermosa y por si fuera poco es inteligente.

—Pero no a todos los hombres, les gustan las mujeres así, a mí por ejemplo me gusta una hobbit de un metro y medio, que tiene corte de príncipe valiente y cuando se toma el cabello rubio parece Campanita.

—¡Idiota! —murmuro.

—Pero eres el idiota que estás celando —responde tomando mi cara para guiarla cerca de la suya—, pensé que nunca llegaría este momento. —Al fin aceptaste que te gusto.

—Sabes que me gustas —respondo avergonzada—, pero sabes que lo nuestro...

—A mí no me importa nada de lo que corre por tu organismo, sabes que podemos estar juntos si tomamos las precauciones pertinentes, además te confesé que siempre me he cuidado y tampoco haría una excepción si...

—No fuera seropositivo.

—Sí —me besa la frente—, si quieres, me hago exámenes todos los meses para que veas que no pasa nada raro conmigo y...

—Pero te quieres sacrificar por mí.

—¿Sacrificarse por estar con la mujer que amo, desde hace malditos cuatro años? —contesta sin dar crédito a mi respuesta o quizá a su propia pregunta—, entonces sí quiero sacrificarme para estar contigo toda la vida.

—Pero no podré darte hijos...

—Pero me darás una vida junto a la mujer que amo y con eso me conformo —responde, juntando nuestras frentes—, y si tienes miedo de hacer el amor, porque eso es lo que haremos cuando quieras, trataré de hacerlo lo más cuidadosamente posible.

—Samuel —cierro los ojos por un instante—, Hardy. Quiero tener esa vida contigo y si en algún minuto te arrepientes —mientras un nudo en el estómago se forma—, pues daré un paso al lado para que tú tengas esa familia que no podré darte.

—Y yo daré ese paso contigo, porque ni loco te dejaré ir —responde, besándome los labios suavemente.



## 10. Samuel

Campanita duerme con la espada al aire mientras mis dedos, acarician perezosamente sus cicatrices. No puedo creer que luego de cinco largos años desde que la conocí la primera vez, haya aceptado hacer el amor conmigo y maldita sea fue la mejor experiencia que he tenido con casi veintitrés años, ahora que la probé es imposible que la deje ir.

—Hola Sam —murmura con los ojos cerrados.

—¿Cómo amaneciste? —pregunto besando suavemente su cuello.

—Adolorida, pero en el buen sentido de la palabra —musita, mientras me arranca una sonrisa.

Ginevra, dejó de ser una niña tímida para convertirse en una mujer que puede disfrutar de su sensualidad y sexualidad sin que ese maldito virus le arruine la psiquis, me costó meses en demostrarle que podía pasar al siguiente, paso sin preocuparse por mi seguridad y creo que la espera fue lo mejor que pudimos haber hecho.

—Hoy dejaremos que esos músculos descansen.

—Muy generoso de tu parte —ríe quedamente, lo que hace besarle la espalda de un lado a otro—, pero pensaba que luego de esta nueva experiencia, quiero experimentar nuevas cosas.

—¿Nuevas cosas? —me detengo de besarla, para prestarle atención a lo que me quiere decir realmente.

—Mente de alcantarilla —dice removiéndose para voltearse y quedar con el torso desnudo, mis ojos viajan por esa piel blanca, rodeada de cicatrices rojas que anoche recorrí con mis manos y mis labios. Y no puede ser que ahora mismo, esté teniendo una maldita erección.

—¿Por qué dices eso? —pregunto acomodándome para ocultar mi excitación, porque no es el momento de ponerme cachondo y más cuando debo respetar sus tiempos.

—No te prestaré la puerta trasera —golpea suavemente mi nariz con el índice —, además es imposible que eso que tienes ahí —señala con aquel dedo mi ingle—, quepa ahí adentro.

Me muerdo el labio para no sonreír por su comentario, aunque es obvio que no lo puede comparar con otro y espero que no lo coteje en el futuro con un perdedor.

Como es posible que Campanita, esté tan cómoda hablando de sexo, cuando antes se cerraba en su pequeña burbuja donde entrar en ella era imposible.

—No estaba pensando en eso —sonríe, cubriéndose el pecho con parte de las sábanas que están en la orilla de los pies—, pero cuéntame que cosas quieres hacer realmente.

—Te acuerdas que a comienzo de año, me dijiste que querías enseñarme a nadar.

—Lo recuerdo —digo rápidamente.

—Quiero aprender, quiero vivir nuevas experiencias, sé que puedo seguir adelante y que ser seropositivo no puede regir mi vida, lo dejé ganar por once años y ahora que sé que un hombre, me quiere así tal cual soy, demuestra que estaba equivocada, que debería vivir y hacer todas las cosas que solamente podría haber soñado.

—Once años que los recuperaras, haciendo todas las cosas increíbles que se nos ocurran, además ahora que estamos de vacaciones... —me muevo abriendo el cajón de mi velador, corro los preservativos y encuentro los pasajes que compré al Cuzco la semana pasada para celebrar que no nos echamos ningún ramo este semestre.

—¿Qué cosa es? —consulta mientras estira su cuello para tratar de mirar que es lo que estoy sacando del cajón. —¿Se come?

—Estoy seguro que tendremos que comer —respondo entre risas.

—¿Entonces qué es?

—Que tenemos que comer a donde iremos —saco los pasajes de Santiago-Lima-Cuzco y lo elevo en la mano para que lo siga con la vista.

—¿Qué es? —pregunta mientras le muestro el talonario con los

pasajes. —¿Es lo que creo? —inquire leyendo nuestros nombres.

—No lo sé. ¿Qué crees tú? —consulto acomodándome otra vez para ver su sonrisa que aparece lentamente.

—Iremos al Cuzco —se tira sobre mi cuerpo, dándome besos locos por toda la cara—, no puedo creer que iremos a Machu Picchu.

—Claro que iremos, y este será nuestro primer viaje juntos a algún sitio arqueológico que desees conocer.

—Pero... ¿y tú?

—Yo estudio historia si mal no lo recuerdas —sonreímos—. Por ende podré ir a cualquier lugar del mundo que tú desees conocer.

—Es que me dejas sin palabras, primero me haces ver estrellas y todas las constelaciones anoche y ahora esto. ¿Lo haces para que no me aleje de ti nunca más? —pregunta cuando nuestros ojos se conectan, me gustaría decirle que sí, pero no estoy muy seguro si debo responder eso, ya que aún estamos andando por un camino a punto de resquebrajarse que cualquier cosa que se diga, podría romper de manera definitiva.

—Lo hago porque te estaba esperando. —Esperando que fuera el momento para que estuvieras preparada y dijeras que sí a todas las ideas que se cruzaron por mi cabeza algún día.

—No sé qué decir —dice acariciando mi mejilla—, eres el mejor pololo del mundo.

—No quiero ser el mejor pololo del mundo. Solo quiero ser hombre que tú quieras tener a tu lado toda la vida.

—Déjame decirte que cada día que pasa, estoy más que encantada de tener esto. Y no me pretendo ir, tan solo...

—Ya hablamos de eso —respondo, besándole suavemente los labios—, no me iré a ningún lado.

La abrazo y nos volvemos acomodar. Su cuerpo desnudo se acopla al mío a pesar de nuestros treinta centímetros de diferencia. Campanita me hace feliz jodidamente feliz, nunca una mujer, me había hecho sentir de esa manera.

—¿Crees que tu hermano escuchó algo anoche? —dice en un susurro.

—No lo creo —respondo acariciando su espalda perezosamente—,

además ni siquiera sé, si llegó del departamento de Claudia de todas maneras. —Luego que vayamos al Cuzco, me gustaría ir a Nazca y Palpa —cambió de tema para retomar la conversación que teníamos del viaje a Perú.

—¿Quieres subir a una avioneta para ver las líneas de Nazca desde el cielo? —consulta elevando el cuello para que nuestros ojos se conecten.

—Me gustaría mucho —sonríó—, nunca había tenido una polola que compartiera las mismas cosas que a mí me gustan y supuse que a ti también te gustaría conocerla, sé que los pasajes son de Santiago-Lima-Cuzo, pero solo los compré de ida, porque pensaba que podríamos pasar un mes o quizá un mes y medio en Perú, recorriendo todos los sitios arqueológicos que podamos conocer.

—Me encantaría hacer eso, nunca me había sentido tan motivada por un viaje, así de importante, no puedo creer que quieras que sea parte de esta aventura, cuando fácilmente podrías ir solo.

—No quiero ir solo —entrelazo nuestras manos—, quiero ir contigo, solo con Campanita. Además mi hermano va a estar feliz que me vaya por más de un mes del departamento.

—Imagino que sí —sonríe lo que me hace recordar, que me costaba me diera una miserable sonrisa a comienzos de año. —He pensado algo.

—¿Algo? —un poco confundido, alejándome de mis pensamientos sobre su hermosa sonrisa de conejito.

—Sí. Sé que apenas y llevamos pocos meses y es probable que tú no quieras, y es obvio que entenderé —frunzo el ceño, porque ahora mismo no tengo idea de lo que me quiere decir—, pero he pensado que quizás podamos vivir juntos —musita lo último. Jamás pensé que Ginevra quisiera establecer de esta manera nuestra relación.

—¿Qué dijiste? —pregunto, solo para estar seguro que oí bien.

—Que me gustaría que viviéramos juntos, sólo si tú quieres —se muerde el labio inferior lo que hace que mi cuerpo otra vez se despierte—, sé que es un gran paso y...

—Quiero decirte que ahora me siento la mina de la relación —frunce el ceño, lo que provoca que le acaricie la frente para que no arrugue más esa zona—, porque se supone que estaba esperando a que volviéramos de nuestras

vacaciones para pedirte que nos fuéramos a vivir juntos —sonríe mientras mis dedos, viajan lentamente por su mejilla—, pero ahora que lo propones tú, quiero que sepas que será un placer vivir contigo bajo el mismo techo.

—¿En serio? —consulta mientras sus ojos brillan con tal expectación que me hace abrazarla y rodar la cama para quedar encima de su menudo cuerpo—, porque no lo...

—Quiero vivir contigo —respondo besándole los labios suavemente.

—Eres el mejor —murmura sobre mis labios.

—Al contrario Campanita.

# 11. Ginevra

Samuel me ha hecho la mujer más feliz del mundo, quizá sea una exageración afirmar aquella frase, pero jamás pensé que un hombre me quisiera a tal nivel que sacrificaría su propia descendencia para estar conmigo. Siempre temí que al confesar que era seropositivo al hombre que estuviera en mi vida en ese entonces, éste me despacharía diciendo todas las cosas horribles que le pasan por la cabeza al conocer la existencia de aquel horrible virus en mi organismo. Pero mi Sam acepto y entendió lo que me ocurrió y comprendió que no fue mi culpa, que no busque bajo ninguna circunstancia de la vida ser seropositivo y eso me hace ser feliz, feliz.

—¿Qué piensas Campanita?

—En ti —elevo mi cuello para encontrar a Sam, mirándome con esos ojos que hacen que esas mariposas en el estómago, se muevan más de la cuenta.

—Puedo saber si era bueno o malo, porque si es por la toalla.

—Por supuesto que no es por la toalla —río mientras él sonríe por mi espontaneidad, hace meses atrás reírme de esta manera era algo casi imposible y este hombre logró sacar lo mejor de mí para tomar la mayoría de las cosas a la ligera.

—Si no es eso, ¿Qué cosa es? —acariciándome, los hombros suavemente.

—Que me haces feliz.

—Tú también me haces feliz Gin —besa mi frente, pero rápidamente baja sus labios junto a los míos y nos besamos como el beso de película de Spiderman, la versión Tobey Maguire y Kirsten Dunst, se lo devuelvo mientras mis brazos y mis manos se van hacia sus mejillas para acariciarlo suavemente. —Gin —sus manos bajan lentamente por mi clavícula hacia mis pechos y comienza a frotar por encima de la blusa mis pezones.

—Mmm... —es lo único que me atrevo a decir.

—Creo que deberíamos dejar esto para la noche.

—¿Por qué? —pregunto mientras él quita sus mágicas manos de mis pechos.

—Porque no tengo preservativos conmigo, anoche me gasté el último que tenía —me acaricia la mejilla y se aparta lentamente para sentarse a mi lado, mientras entrelaza nuestras manos—, la última caja duró menos de una semana —me muerdo el labio inferior, porque esta semana que estamos de vacaciones de invierno, hemos tenido mucho más tiempo libre para estar en contacto el uno con el otro.

—Lo siento —murmuro.

—Eres la única mujer, que conozco que se avergüenza de gastar una caja de preservativo antes de tiempo —ríe—, pero creo que yo te debería dar las gracias.

—¿A mí? ¿Por qué? —pregunto confundida.

—Porque sigues mis locuras y no solamente dentro de estas paredes, sino que también las sigues afuera y básicamente, porque me amas —se acerca a mí y nos besamos suavemente a los labios, mientras los ladridos de Monroe, nos aparta de nuestro beso, desviamos la vista al perro que está moviendo la cola de un lado a otro para que alguno de los dos lo tome en brazos, Samuel se mueve y lo toma para dejarlo en su regazo.

—Nunca te lo he dicho, pero sabías que Monroe, se llama así por Monroe Stahar.

—¿Monroe Stahar? El personaje principal de la obra inconclusa de F. Scott Fitzgerald, *The Love of the Last Tycoon*<sup>[20]</sup> —respondo sorprendida.

—¿Leíste el libro? —ahora él pregunta boquiabierto, porque ese libro no entra como lectura complementaria dentro de nuestra malla curricular.

—No —niego con la cabeza—, lo reconozco, porque Matt Bomer, lo interpreta en *The Last Tycoon*, una serie que salió el año pasado en Amazon prime video —se muerdo el labio inferior, porque Samuel descubrió que tenía cierta fascinación por ese actor norteamericano—, pero jamás pensé que el perro, se llamaba de esa forma por Monroe Stahar.

—Te acuerdas que te conté que el perro era de una anciana que murió.

—Lo recuerdo muy bien —comienzo acariciar la cabeza del can.

—La anciana una vez me contó que era fanática de todos los libros de Scott Fitzgerald, y que siempre le colocaba los nombres de los personajes a sus perros, y que Monroe era el único que le faltaba tener en su larga lista de caninos que habían pasado por su vida.

—Monroe Stahar —el perro me mira y sonrío al verlo.

—Gracias por dejar adoptar y traerlo con nosotros —comenta mientras nuestros ojos se conectan sonriendo al mismo tiempo.

—Al contrario, Monroe vino a complementar nuestra pequeña familia, y creo que yo te debería dar las gracias de traerlo a nuestras vidas. Estoy segura que pocas personas adoptarían a un perro que prácticamente, se había convertido en el can de todos, en aquel edificio.

—Tenía que hacerlo, al saber que tú no eras alérgica como mi hermano —me acerco a él y antes de besarlo, Monroe se pone en el medio y termino besando la mejilla del perro, nos quedamos mirando y nos colocamos a reír a carcajadas por nuestra interrupción. —Además Monroe te ama más a ti que a mí —responde entre risas.

—¡Que va! —respondo, mientras retomo lo que estaba haciendo antes de quedarme pegada en como Samuel cambió mi vida. —No puedo creer que estuvimos dos meses en Perú —comento mientras reviso las fotos que descargué de la cámara fotográfica—, mamá estaba con ataque —comento entre risas.

—Pero estabas en buenas manos —deja a Monroe en el suelo para prestarle mayor atención a las fotos que estoy revisando—, me cuesta creer que Campanita siguiera mis pasos —dice poniendo un brazo sobre mis hombros—, en ciertos momentos pensé que me dejarías tirado en algún pueblo y te devolverías a Chile.

—Por supuesto que no —me acomodo en él—, aunque me gustó mucho conocer los pueblos que aparecían en el camino y por si fuera poco que pudiéramos interactuar con gente de la zona —me besa la frente.

—Supongo que eso fue lo mejor, podríamos escribir un libro —dice mirando las imágenes, lo que hace que me remueva un poco para besarlo otra vez en la mejilla—, o sea aprendimos mucho en ese viaje, pero en realidad estoy desvariando, no me hagas caso.

—Tal vez lo deberíamos hacer —respondo mientras miro su perfil por

un instante, comienzo acariciar su nuevo corte de cabello que pareciera que fue hecho para sus facciones óseas, dejó de ser el surfista de cabello largo para tener un aspecto mucho más serio para el colegio donde estamos haciendo las practica profesional aquí en Concón. Es imposible no darme cuenta como las profesoras de planta y las adolescentes, se quedan embobados por el profesor Samuel Hardy cuando llega con esos trajes de tres piezas que le saca a Saúl todos los fines de semana.

—Creo que me debí cortar el pelo antes —comenta cerrando los ojos.  
—Saúl dijo que el estilo de surfista relajado no era el gusto de todas las mujeres, y al parecer tenía razón.

—Eres guapo, aunque tuvieras la cabeza rasurada al cero o llena de tatuajes o cicatrices, tan solo pensaba como las adolescentes del colegio te observan, parecieran que nunca hubieran visto a un hombre —digo mientras él sonrío. —Y no es gracioso —murmuro.

—Es que has visto a los profes de ahí —ríe a carcajadas—, son todos ancianos que debieron haber jubilado hace años, es obvio que un poco de juventud iría a revolotear las hormonas de esas niñas, pero no te deberías preocupar.

—Es que no me preocupo como crees tú —sigo acariciando su cuero cabelludo—, tan solo que te ves bien con este nuevo estilo —pero es que Sam es Sam y siempre lo encuentro perfecto.

—Pues veremos cuanto me dura, aunque tú también te ves hermosa con el cabello hasta la espalda media, estoy seguro que nunca lo habías usado de ese largo desde que entramos a la U.

—La verdad es que no —respondo mientras dejo de acariciarle la cabeza. —¿Ya pensaste que harás cuando termines la U? —pregunto.

—Lo que tú quieras hacer, haremos —responde mientras nuestros ojos, se conectan y su respuesta me deja fuera de juego, jamás pensé que me diría eso, o sea él podría hacer cualquier cosa que quisiera.

—Es mucha responsabilidad —admito lo que hace que él sonría ampliamente.

—No es tanta. Yo iré donde tu vayas, así de simple...

Fin

# Agradecimientos

Gracias a mi hermana Carola, que a través de sus estudios y conocimientos médicos me orientó respecto a la enfermedad que padecía Campanita y como se podía vivir el día a día, cuando ya conoces de su existencia. También agradecer a Nora Valenzuela y Nora Correa que pulieron el trabajo en sí, por darme nuevos tips gramaticales, (que siguen siendo mi talón de Aquiles) y que confiaron en esta historia más de lo que yo esperaba en un comienzo, cuando les entregue el bruto en marzo de este año. Quiero darle las gracias a Yunnuen González (mi amiga escritora mexicana) que me dio los tips para volver a maquetear un libro (cosa que había olvidado) y con la imagen de la portada para que quedará perfecta para esta publicación en particular. Y a Mariana Sciacca (mi amiga argentina) que me ayudó con la primera versión de la portada, una infinidad de veces. Y no por eso menos importante, a mi Papá que ahí sigue orgulloso contándole a todo el mundo que tiene una hija escritora.

**¡Gracias, por darle una nueva oportunidad a mi arte!**

Si deseas buscar mayor información respecto a la enfermedad del VIH, Sida o cualquier enfermedad venérea existente, visita las páginas ministeriales de salud o centros de salud médicos u hospitales del país donde resides actualmente, donde podrán brindarte mejor información sobre ellas.



# Otros títulos de la Autora y Redes Sociales

## **Novelas:**

Primera Blog-Novela “Imposible” (en proceso de edición).

Piccola Invasante. Libro 1, Trilogía Creo que te amo.

Secretos. Libro 2, Trilogía Creo que te amo.

El Italiano. Libro 3, Trilogía Creo que te amo.

A primera vista.

Frágil.

Todo pasa, por algo, Rice. Libro 1, Serie Destino

## **Relatos:**

Diamo Canni, “Todos los perritos merecen un hogar”.

Chocando con el amor.

La tercera rueda.

Acromático, mi mundo el colores.

La propuesta en Oahu (próximamente en la Antología de Romance en Tinta).

## **Redes Sociales:**

Fan page: Elartedebel

Twitter: BelgicaCortesJ

Instagram: bel\_cortes\_

- 
- [1] Es un chilenismo que hace referencia a diversos eventos, desde quedarse hasta altas horas de la noche charlando y pasándola bien con amigos.
- [2] Esnob, es un vocablo de origen inglés, según el Diccionario de la RAE, una “persona que imita con afectación las maneras las opiniones u otros de aquellos a quienes considera distinguidos”. (Fuente Wikipedia).
- [3] Modismo chileno que dice que es una persona que se comporta como ave de rapiña. Suele merodear cerca de las mujeres, tratando de cortejarla para que caiga a sus pies.
- [4] Se trata de una ficción creada por fans y para fans, la cual toma un texto original o persona famosa como punto de partida. Se crea, por lo general en una comunidad o *fandom* y es distribuido principalmente en línea. (Fuente Wikipedia)
- [5] Cuico/a es un chilenismo peyorativo que se asocia a personas de clase alta o que practican con afectación el esnobismo y simulan pertenecer a un nivel socio-económico alto. (Fuente Wikipedia)
- [6] Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- [7] Mujeres.
- [8] Puñetazo.
- [9] Daenerys Targaryen es un personaje de ficción de la saga de literatura fantástica Canción de hielo y fuego, escrita por George R. R. Martin.
- [10] Enfermedades de Transmisión Sexual.
- [11] Universidad de Chile.
- [12] Pontificia Universidad Católica de Chile.
- [13] Universidad de Santiago de Chile.
- [14] Camisetas.
- [15] Policía de Investigaciones de Chile.
- [16] Que no es de ninguna raza canina, sino de la mezcla de dos o más.
- [17] Pesado en inglés
- [18] Personaje principal de White Collar.
- [19] Novios en Mapudungun (idioma Mapuche).
- [20] Libro: El último magnate de F. Scott Fitzgerald.